

CORONA
DE
SIEMPREVIVAS
en el primer aniversario
del Ilmo. Mons.

Santiago Costamagna,

Obispo Titular de Colonia y Primer Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza

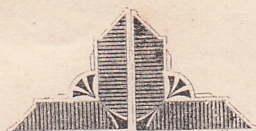
† en Bernal (Argentina)
el 9 de Septiembre de 1921

CUENCA—ECUADOR

Septiembre—1922

Tall. de EL PROGRESO

Al Revuo. Sr D. Calogero Jusmanno



CORONA DE SIEMPREVIVAS

a la memoria del Ilmo. Mons.

SANTIAGO COSTAMAGNA.



CORONA DE SIEMPREVIVAS

La memoria del tiempo. Nunca.

SANTIAGO COSTAMARCA



Ilmo. Mons. Dr. D.
SANTIAGO COSTAMAGNA
Obispo titular de Colonia y Vicario
Apostólico de Méndez
y Gualaquiza.

NOTAS DE PRESENTACION

*Como una pálida muestra de acendrado cariño y en prenda de inmensa gratitud al que fue Ilmo. Mons. Santiago Costamagna, Obispo Salesiano de Colonia y primer Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza, el actual Superior de esas Misiones, los Misioneros todos y sus Hermanos de la Casa Central de Cuenca, han querido formar un manojito de flores locales, como contribución a la grandiosa **Corona** que se va tejiendo en el mundo con delicados matices y primores de todos los climas y latitudes.*

Agradecemos, pues, muy vivamente a los generosos amigos de la Obra de Don Bosco en Cuenca, que espontáneamente han querido honrar la memoria del Ilustre Salesiano con escritos que forman una ofrenda espiritual muy valiosa, un homenaje dignísimo porque figuran genuinos representantes de la Intelectualidad Ecuatoriana.

Prescindiendo de los datos biográficos que hemos creído necesario vayan en las primeras páginas, advertimos que las Flores de esta Corona van en el orden de entrega de sus dignos autores.

Los Salesianos.

Cuenca—Ecuador, Septiembre de 1922.

MONSEÑOR SANTIAGO COSTAMAGNA

DATOS BIOGRÁFICOS

Natales

Como una joya rodada desde los baluartes alpinos estése Caramagna, risueño pueblecito de la provincia de Cúneo y diócesis de Turín; esa fue la cuna de Mons. Santiago Costamagna que con su nacimiento debió traer alegría a la tierra así como fue causa de fiesta en el cielo, el 23 de Marzo de 1846.

Beatriz, su madre, fue el ángel que guió felizmente sus primeros pasos, hábil jardinera que en ese corazón mantuvo siempre fresco y oloroso un búcaro de rosas y lirios. El espíritu del niño Costamagna fué diáfano como el cielo de su patria en primavera: de naturaleza ardiente e ingenio despejado y perspicaz, aparecen los albores de su existencia como el preludio de la vida en que fue luz del mundo y fuego sagrado de las almas.

Y es que en su camino, a los 12 años, cuando dirigía al mundo su primera mirada, revelando en ella la desconfianza y buscando ansioso un defensor y guía, encontróse con la suave y fascinadora fisonomía del Apóstol de Turín, el Vble. D. Bosco que para sí robóle el corazón y la vida.

Estudiante

En 1858, año de las apariciones de Lourdes, el que debía ser gran devoto de María fue trasplantado del virtuoso hogar de Caramagna al Oratorio de S. Francisco de Sales, en Turín, campo bendito de azucenas y malvasías. En ese ambiente de virtud, continuando los heroísmos de Domingo Savio que el año anterior había volado al cielo, y esforzándose por no perder una sola de las enseñanzas de Don Bosco, hizo con notable aprovechamiento sus estudios de humanidades.

Por entonces parece que alrededor del Venerable Padre quiso la Providencia encender en el cielo de la incipiente Congregación Salesiana toda una constelación de preclaros ingenios y de varones apostólicos, émulos de semejante Maestro. Miguel Rúa, Juan Cagliero, Pablo Albera, Lemoyne, Francesia, etc., fueron sus dignos profesores en las ciencias y los insignes maestros de su vida religiosa, iniciada el 21 de Septiembre de 1867 con la profesión trienal.

En el Oratorio—*alma mater* de la Congregación Salesiana—fue donde nuestro héroe estrenó su entusiasmo y talento en pro de la juventud y a la mayor gloria de Dios; y huelga decir que fueron triunfos cada vez mayores los que cosechó en la primera etapa de su larga carrera de educador cristiano.

Sacerdote

La actividad y celo que fueron la característica de su vida sobresalen en este período, al impulso de sus energías juveniles. Lo que más le anima parece ser el amor de Don Bosco que, como decíamos, robó el corazón desde un principio, y le hace confidente de proyectos grandiosos

y testigo de hechos extraordinarios.

El Colegio de Lanzo, cerca de Turín, fue su segundo campo de acción salesiana, y allí mientras se dedica a la enseñanza de los jóvenes, él mismo cumple brillantemente sus estudios eclesiásticos asistiendo, conforme lo permitían sus ocupaciones, a la Universidad de Turín, donde recibió la borla doctoral en Sagrada Teología.

El 17 de de Septiembre de 1869 fue el día feliz, cuando su vida de sacrificio y santificación principia a delinear-se cada vez más pujante, con la unción sacerdotal recibida de manos del Arzobispo Mons. Alejandro Riccardi.

Continúa en Lanzo donde a su labor pedagógica une la del ministerio en el cual se distingue, desde entonces, por su afición a la disciplina litúrgica y por la naturalidad y al mismo tiempo solidez de su predicación.

Principió a ser la luz del mundo con su doctrina que hermosa y abundante brotó de sus labios, y que más tarde confiada a sus libros en todas partes y en todo tiempo iluminará las inteligencias. Fué desde entonces (su ordenación) la espiritual medicina y en el seno de la Iglesia el consuelo, *Medicina populo Dei et delectamentum Ecclesiae*; en suma, con sus preclaros ejemplos edificó siempre a la familia de Dios. Todos recuerdan en Lanzo la caridad que ejerció siendo Director del Hospicio de Huérfanas.

El 6 de Noviembre de 1874 pasó a Mornese, Piamonte, con el cargo de Director de las Hijas de María Auxiliadora, Congregación fundada por el Venerable dos años antes. Allí no se ocupó solamente de la dirección espiritual y de las clases sino que, poeta y músico, componía cantos devotos y quería que los aprendieran no solo las educandas sino las mismas Religiosas, para poder atraer así mayor número de niñas a sus

oratorios festivos.

Quedóse tres años con tan delicado encargo, dejándolo, como diremos en seguida, para trasladarse a América. Las Religiosas perdieron, pues, en él un verdadero hijo de Don Bosco, un celoso director y fuerte amigo de sus almas que en poco tiempo les había guiado a un alto grado de perfección, y hecho del naciente Instituto un semillero de vocaciones religiosas tan bien fundadas que sólo así se explica la rápida extensión de esta segunda rama del árbol salesiano.

Salesiano

El 23 de Septiembre de 1870 consuma el holocausto de su vida en manos de Don Bosco, con la profesión religiosa perpetua. ¿Qué podríamos decir de Mons. Costamagna como religioso sino que fué el digno y fiel hijo del inmortal Fundador? Teniendo delante un modelo tan acabado pudo conforme a él plasmar su espíritu y actividades: el celo y sacrificio por la salvación de las almas, el trabajo sin descanso, la ciencia por él siempre buscada mediante el estudio paciente y asiduo, la oración no interrumpida y la estricta observancia de la Regla, forman un diseño complejo cuya fiel ejecución hizo de él una joya hermosísima preservada en el huerto cerrado de la vida religiosa.

Su pobreza brilla más que el oro y los diamantes por las privaciones con que se rodea: no buscó en sus fatigas otra merced que el reino de los cielos.

Angel de pureza por su austeridad de costumbres, por donde pasa deja sin perderlo el delicado perfume de un lirio en plena floración: sus pupilas vieron siempre a Dios.

Mensajero de obediencia no tuvo otra voluntad

que la de sus Superiores y la del Padre que está en los Cielos.

A la verdad, pocos personajes investidos con la muceta episcopal y con la sotana del religioso podrán ostentar como él tantos entorchados, trofeos de otras tantas victorias conseguidas en justas lides en el servicio de la Iglesia, en el desarrollo y propagación de su Congregación, en la salvación de las almas y en el celo desplegado por la gloria de Dios y de su Madre purísima bajo la simpática advocación de Auxilio de los Cristianos.

Misionero

Pudo abrasar el mundo porque en su corazón ardía la fragua de la caridad. En Diciembre de 1877 renuncia generosamente a una brillante carrera en su Patria, y se lanza allende los mares a la cabeza de la 3ª expedición de Misioneros Salesianos, para buscar en el olvido del mundo y en la abnegación apostólica, muchas almas a Jesucristo. Fue el primer Salesiano que visitó las tierras patagónicas y el primero también que anunció al santo Anciano de Turín los opimos frutos de bien que señalaron la hora de redención para esas hordas salvajes que, sin la civilización cristiana, a estas horas habrían desaparecido de la escena del mundo, sin nombre y sin historia.

Luchó dos años continuos para poder llevar su expedición a los campos de la sombra y de la muerte, donde Satán tenía sus reales. Fracassada, con gran riesgo de su vida, la tentativa de llegar a la Patagonia por vía marítima, uniéndose a las fuerzas del General Julio Roca y, armado de la Cruz, formó la vanguardia del Ejército; impidió la destrucción sangrienta de los indios y con su obra evangelizadora entregó a la

Patria un territorio y a la Iglesia una nueva y ferviente grey.

Parecía estar dotado de alas para volar por doquiera, como en otro tiempo San Francisco Solano, por toda la América, conforme le había dicho con un presagio casi profético S. S. Pío IX al darle la bendición en Roma, cuando se despedía camino de su misión.

Monseñor Costamagna visitó casi todas las repúblicas americanas, no por novelera peregrinación sino llevando a todas partes su misión de Maestro y Sacerdote, con la convicción de un mártir y la eficacia de un apóstol.

¡Cuántas veces administró el Pan de los Angeles y la Confirmación en campo abierto por no hallar Templo que pudiera albergar a la multitud de personas que acudían a la llamada que como misionero hacía en nombre de Jesucristo!

En una misión por tierras bolivianas administró la Confirmación a más de treinta mil personas de todas las edades y condiciones.

Y esa vida misionera—siempre en la abnegación y pobreza—, recorriendo sin descanso valles y collados, tratando con los grandes de las ciudades y con los humildes campesinos, duró hasta los 76 años; pues, así queremos llamar los años de esa preciosa existencia en la que las energías de su espíritu corregían los achaques de su cuerpo, rodeándole siempre de un ambiente de juventud y movimiento.

Superior

Las filas salesianas cada vez más compactas y numerosas en las dilatadas regiones americanas exigían un experto guía, para que la lejanía del Fundador y mil otras circunstancias no influyeran en la modificación de programas, variación de ideales y diferencia de espíritu. Don

Bosco nombróle, pues, en 1880 su representante inmediato en la Argentina, y hay que atribuir a Mons. Costamagna la gloria de haber sabido trasplantar a esa República todas las obras Salesianas dándoles vitalidad e iniciativa fecundas en frutos de acción social católica.

Además de atender a la dirección del Colegio de San Carlos de Buenos Aires, donde fundó y sostuvo las *Lecturas Católicas*, personalmente realizó 12 fundaciones, y por su consejo y apoyo se establecieron muchas otras más, tanto para los Salesianos como para las Hijas de María Auxiliadora: al presente en la Argentina, los primeros atienden a 68 establecimientos y las segundas a 38, y todos en bien de la juventud y de la clase obrera.

En esa década de tanta actividad visitó por varias ocasiones al Uruguay, Chile, Bolivia, Perú, y hasta avanzó al Ecuador. Ya lo dijimos, que por todas partes pasó como el más abnegado misionero; pasó como el sembrador, pero ¡cuántos sacrificios no le costaron esos viajes! Arrostró los rigores de las estaciones, la malignidad de los climas, los peligros del mar y de la tierra, todo, en fin, por ganar almas a Cristo.

Mons. Costamagna como Superior fue el Padre verdadero de sus súbditos. Escrupuloso en el orden, modelo de exactitud y puntualidad, prudente en su incansable actividad, intransigente con la indisciplina, tenía misteriosos atractivos para captarse la subordinación y obediencia ennoblecidas por la fe. Rodeábale una aureola de autoridad brillante de austeras virtudes esenciales para la conservación y gobierno de las familias, de las comunidades y de la sociedad; de esas virtudes que parecen prontas a desplegar sus alas, dejar la tierra, inficionada de rebeldías y desmanes, y volver al seno de Dios, orden por esencia.

Obispo

Pero la antorcha no se ha de colocar bajo el celémín, sino ponerla allí donde puede ser más útil y benéfica. La luz tan brillante que el P. Costamagna difundía en torno suyo, volvióse más viva y radiosa cuando León XIII le elevó a la dignidad de Obispo titular de Colonia, y fue consagrado en Turín el 23 de Mayo de 1895.

Doce años antes, el Vble. Don Bosco le había predicho su promoción al Episcopado y otros acontecimientos, en una noche memorable, cuando, durante un viaje cerca de Boloña, permanecieron varias horas en un túnel, a causa de un choque peligroso.

Con la plenitud del Sacerdocio su figura llega al apogeo, por el desarrollo siempre creciente de las cualidades de padre y pastor de las almas, que las busca a costa de penosísimas fatigas. Pero su porción señalada debían ser las tribus del Oriente Ecuatoriano, porque a la dignidad episcopal iba unido el difícilísimo cargo de Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza, en la misión iniciada por los Salesianos el 14 de Octubre de 1893.

A partir de este tiempo Monseñor jamás pierde de vista su nuevo campo. Las ansias de su corazón no pudieron darle las alas que él quería para volar a su amada grey; sus súplicas y lágrimas nada valían ante los *celosos vigilantes (!)* del territorio nacional ecuatoriano adonde no se le permitió entrar sino en 1902.

Entre estos dos puntos, Almagro y Gualaquiza, la Argentina y el Ecuador, se formaron algo así como dos polos de atracción que le tenían en movimiento de ida y regreso, evangelizando todas las repúblicas por donde pasaba, visitando todas las casas Salesianas y constituyéndose, como dice Mons. Alberti, en Obispo Auxiliar de

casi todos los prelados diocesanos de la América del Sur.

Por su humildad innata, Mons. Costamagna, tratándose de su persona, miró siempre con horror los títulos y blasones; y cuando príncipe de la Iglesia vió cambiado su bordón de peregrino por el cayado de pastor, sintióse más cerca del humilde y del pobre, más expedito para ir en busca de la ovejuela descarriada.

¡Cuántas bendiciones no cayeron de esas manos consagradas, y así mismo cuántos ladrillos, antes de formar las paredes de un santuario, pasaron por ellas! ¡Cuántas armonías no arrancaron esos dedos adornados con el anillo pastoral, para solemnizar la celebración de los misterios cristianos!

¡Cuántos pecadores no encontraron en sus brazos paternos el amplexo del perdón y la belleza de la gracia! ¿Quién podría contar los enfermos asistidos, dar una cifra aproximada de sus sermones y conferencias, y de los niños por él catequizados?—¡Ah!, esta estadística debió formar el más agradable trabajo de su ángel tutelar, que escribía todo en el libro de su vida—llena ante Dios y ante los hombres—con caracteres de oro y rasgos de inmortalidad!

Y ese cálido entusiasmo en el servicio de Dios supo comunicar a todos sin distinción alguna: al religioso que corre muy alto por la senda de la perfección, como al salvaje abyecto en su paganismo y barbarie; sus fervientes exhortaciones llegan al corazón no sólo del ingenuo escolar, sino que alcanzan a la encopetada matrona o al hombre de negocios. Creemos que ese ascendiente universal provenía de su rectitud y bondad, dos joyas engastadas en su alma de un modo inseparable.

Vicario de Don Rúa

Los 7 años de espera obligada fueron igualmente de actividad extraordinaria para el Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza. El Superior General le nombró su Representante para todas las Casas Salesianas en las naciones costeras del Pacífico. Se detuvo, algún tiempo en casi todas las repúblicas del Sur y de Centro América, en Méjico y los Estados Unidos; y aquí aconsejando y allí animando, acá fundando y allá impulsando, se multiplica en el desempeño de su importante misión, y al conjuero de su mano benéfica brotan: misiones, colegios, iglesias, talleres, oratorios festivos y Buena Prensa. Tiene, pues, Mons. Costamagna el mérito de haber sabido consolidar la Obra Salesiana en América, conforme al espíritu genuino del Fundador.

De este tiempo datan muchas de sus *Conferencias Ascético—místicas*, 2 volúmenes publicados con el fin de que su voz llegue a todas partes, a las Hijas de María Auxiliadora y a los Salesianos.

En sus viajes por mar era cuando más se dedicaba a escribir, y no pocas de sus numerosísimas composiciones musicales fueron ensayadas en el piano de a bordo. Mucho trabajó Mons. Costamagna con su palabra y más aún con su ejemplo, para que se conserve intacto el depósito de tradiciones y vivo el recuerdo del Fundador; para que la Sociedad Salesiana, no obstante su relativa soltura y adaptabilidad a los tiempos, se mantenga una y vigorosa, con sus frondas siempre verdes, ofreciendo sus ramas y su sombra a muchas almas, que es lo único que persigue conforme a su lema "*Da mihi animas coetera tolle*" Dadme almas, llevaos lo demás.

Entre los Jíbaros

Finalmente, como el desterrado que vuelve al suelo nativo, en calidad de Vicario de Méndez y Gualaquiza llegó Monseñor a la suspirada misión por vez primera en Julio de 1902. Llegó en busca del oro acendrado de las almas de esos salvajes que pueblan los bosques seculares; llegó hasta sus amados Jíbaros, de quienes se ha escrito que entre las fieras son ellos acaso los más peligrosos y sanguinarios....

Es digno de admiración no sólo cuando se sobrepone a su edad avanzada y vence agilmente las enhiestas montañas andinas, sino cuando, acompañado de sus misioneros, se interna en el laberinto de las floresta, en excursiones penosísimas y privado de toda comodidad; cuando pone a prueba todas sus energías intelectuales para escribir, en pocos meses, coadyuvado por sus misioneros, una cartilla de la doctrina cristiana en lengua Jíbara; cuando se le ve rodeado de una multitud de hijos del bosque a quienes se esfuerza por hacerles cantar a Dios y a María con coplas por él compuestas, armonizando para ello motivos o arias comunes a las aves, en concierto con las fuentes que se deslizan removiendo la hojarasca.

Por cuatro ocasiones permaneció Monseñor en las selvas del Oriente Ecuatoriano, y al contacto con esas tribus reacias a la civilización pero acaso asequibles con la labor de misioneros como él.

En 1914 pudo volver otra vez al Ecuador y pasó muy pronto a su querida Gualaquiza; consolidó esa misión y, no obstante la escasez de medios pecuniarios y de personal, fundó las residencias de *Indanza* y de *Santiago de Méndez*; emprendió por medio de sus subalternos en la construcción de caminos al Oriente, y después de

tres años, cuando ya le faltaron las fuerzas del cuerpo para tantas fatigas, precisamente para proveer mejor al Vicariato por el que había trabajado más de 25 años, humildemente presentó la renuncia ante la Santa Sede.

Al aceptar dicha renuncia en atención a las justísimas razones, el Vicario de Jesucristo agradeció los servicios de Mons. Costamagna, el cual siguió trabajando igualmente por el Ecuador. Se impuso hasta la muerte la peregrinación de mendicante por las Repúblicas del Sur, para poder reunir limosnas para su amado Vicariato de Méndez y Gualaquiza, y para dejar en Cuenca a los Padres Salesianos una demora estable e independiente: la construcción de la Casa Central de las Misiones, en Cuenca, se ha realizado exclusivamente con los auxilios enviados por ese Apóstol de la evangelización cristiana.

Escritor y Artista

Parece increíble que una persona de tal actividad hubiese encontrado el tiempo para escribir tantas obras como las que transmitirán a la posteridad lo exquisito de su alma y la admiración a su nombre.

De ingenio prócer y versátil bien pudo distinguirse en cualquier ramo de ciencias profanas, pero prefirió la ciencia de los Santos: fue maestro consumado en Ascética. Aprovechó todos los minutos de su larga vida y así pudo escribir: Tres volúmenes de Conferencias *Ascético—místicas*, *Tesoro Moral Litúrgico*, *Caridad Fraterna*, *Desde lejanas tierras*, *Compelle Intrare* etc., amén de muchos artículos y opúsculos de índole moral, obras todas, cuya lectura potentemente atraen a las almas hacia las sendas del bien.

Alrededor de Don Bosco surgió una pléyade de genios: todas las artes bellas llevan el sello

creador de algún discípulo de aquel Varón extraordinario. Mons. Costamagna ya desde el Oratorio se distinguió por sus excepcionales dotes para el arte divino de la música, y poco a poco ha venido formando el copioso y variadísimo repertorio de obras musicales que tan popular han hecho su nombre. Escribió en todos los estilos de la gama musical, pero ha sobresalido, por la unción y gracia, en las composiciones religiosas. Especialmente cuando canta a María nos hace regustar melodías angélicas, y en sus himnos eucarísticos tiene no sé qué de arcano e inefable que conmueve y arranca lágrimas.

El gran devoto de María y el Apóstol de la Comunión frecuente también en sus obras musicales ha dejado un pedazo de su alma, y a través de suavísimas cadencias, se le oirá invitando a los altares y mostrándonos el trono de la Reina del Cielo.

Y fue también poeta porque «la vida con Dios es noble poesía—donde fe y voluntad ritman su paso». Pulsa la lira con ingenuos sonos, con emociones dulces como el vaivén de un lirio mecido por la brisa, dejando siempre ansias de perfección, perfume de cielo.

Santa muerte

El trabajo ha minado su cuerpo pero no su espíritu. En 1918, en la Capital Peruana celebró sus Bodas de Oro Sacerdotales, y al concierto armonioso de todo un continente que le bendecía y aclamaba como a Padre, se persuadió conmovido de que su misión en el mundo estaba terminada.

El oro bruñido de la caridad forma la aureola del sol que está próximo a esconderse en el mar de la eternidad; en medio de esa suave luz agí-

tase lentamente la cabecita blanca del Patriarca, dejándonos la óptica ilusión de un lirio pletórico de aromas. Alguien dirá que la vehemencia del Apóstol Santiago (apellidado hijo del trueno) se había trocado en la suavidad del Discípulo Amado, del Apóstol de la caridad.... Es que la corteza de severidad con que a primera vista ocultaba su corazón delicado, desapareció en los últimos años hasta el punto de impresionar por la suavidad de sus modales y lo exquisito de sus sentimientos.

La flor parece mustia; acaso pronto desgranará sus pétalos....; ¡ha resistido ya tantos inviernos! Los oasis del Norte le invitan, pero el pensil del Sur le atrae. Escoge, pues, el lugar de tranquilidad espiritual en la Argentina, donde tantas flores le deben su aroma y gracias.

Vencido por las fatigas se retiró al Seminario Salesiano de Bernal (Buenos Aires) donde celebró el 30 de Agosto último su última Misa de Comunidad, y tuvo su postrer Asistencia Pontifical.

Desde ese día el aposento de Monseñor era lugar de oración, de cantos y alabanzas a Jesús y María, y hasta se ensayaron allí el oficio y misa de difuntos. Así pasó la Novena.

El día de la Fiesta de la Natividad de la Virgen fue el último de su vida mortal y como el preludio de la vida verdadera del cielo, fue día de gozo y de expansión espiritual: Monseñor estaba como rejuvenecido. Los estudiantes del Seminario Salesiano, al pie de la escalera que conducía a la pieza ocupada por el Moribundo, después que éste hizo la Santa Comunión, le cantaron la *Salve Regina*, pieza inspirada en los recuerdos de su infancia, como él decía, en las ingenuas melodías que su buena madre le enseñó para alabar a la Virgen. Parecía aquello un canto de ángeles que del cielo le trajeran la in-

vitación para celebrar juntos la fiesta de la Madre celestial; no cabía en sí de contento, y lo manifestaba de mil modos.

Vino la noche; descansó serenamente hasta las 12, interrumpiendo el sueño con fervientes jaculatorias y salmos que alternaba con un joven teólogo que le asistía. A las 2 se levantó y comenzó a pasear por la alcoba, y cuando se le indicó que se acostara prefirió descansar en un sillón, diciendo: «Mons. Terrero murió sentado y yo también voy a morir aquí mismo». Entre otras invocaciones repitió la del Vble. Bosco: *María Mater gratiae, Mater misericordiae* etc. Luego, parecía descansar apaciblemente hasta que a las 3 de la mañana el que le asistía notó cierta dificultad en la respiración; acudieron el Director y el Maestro de novicios los cuales le administraron los Santos Oleos. Mientras se iba recitando las oraciones de los agonizantes inclinó la cabeza sobre el pecho y espiró. Era el 9 de Septiembre de 1921.

La muerte imprimió en él su gélido beso con respeto, sin causarle ansiedades ni temores. La lámpara de su vida apagóse lenta y plácidamente; espiró viendo suavizados sus últimos momentos con las fervientes aspiraciones de la oración, con las melodías de la música litúrgica; cayóse el cuerpo a la madre tierra en un arranque de mística poesía, en un deliquio de vida eucarística que es prenda y presagio de la inmortalidad. Los que le rodeaban—no en el lecho del dolor sino en el trono de la dicha—aseguran que en esos instantes solemnes debió ser asistido visiblemente por María Santísima Auxiliadora y Don Bosco.

La muerte de Mons. Costamagna es la despedida envidiable del justo, es la corona de la vida heroica de labor y sacrificio del insigne educador Salesiano, del Obispo Misionero de casi to-

da la América del Sur, del Hijo predilecto de Don Bosco, del Apóstol de los Jíbaros, del Padre y Director de tantas almas religiosas, del Superior y Padre de tantos Salesianos y de tantas Hijas de María Auxiliadora que hoy educan y salvan a otros miles y miles de niños y niñas en las inmensas repúblicas americanas.

Hé aquí el resumen de esa vida laboriosa cuyo fin llora un mundo: «54 años de Sacerdocio, 45 años de misión, 27 años de episcopado; toda una vida de enérgica actividad, sin tregua, excitando y dirigiendo el movimiento y la labor de todos los que a él se acercaron hasta el último instante; y todo ese trabajo subordinado a la más estricta observancia religiosa, en el ministerio sacerdotal más celoso, en una acción educadora no interrumpida, según el ejemplo y las enseñanzas del Apóstol de la Juventud, el Vble. Don Bosco».

Conclusión

No creemos con estas breves y toscas pinceladas haber apenas esbozado la magna figura de Mons. *Santiago Costamagna*. Cortadas plumas, preclaros ingenios, eximios artistas, escribirán las memorias, estudiarán la grandeza, aquilatarán los méritos de este varón de talla gigante a quién los pueblos agradecidos, en el mármol y en el bronce recuerdan a la posteridad la lozanía de este renuevo exuberante de Apóstol en el campo privilegiado de la Iglesia Católica.

En todas partes por donde pasó, sembrando a manos llenas la semilla del bien, sus favorecidos o sus admiradores se ponen de pie y descúbrense no para llorar contemplando la penumbra de su tumba, pues ahí todo es claridad y auroras, sino para depositar a sus plan-

tas una *Corona de Siemprevivas* y acaso una
plegaria,

“La flor del alma, la única que encierra
Perfume aquí en la tierra,
Y ofrecen de sus huertos,
Rociado con el llanto,
Los vivos a los muertos”.

S. F. AYALA, S. S.

Cuenca, Septiembre de 1922.

—

CARTA
DE SU SANTIDAD BENEDICTO XV
A MONSEÑOR SANTIAGO COSTAMAGNA
OBISPO TITULAR DE COLONIA Y VICARIO APOSTÓLICO
DE MÉNDEZ Y GUALAQUIZA, EN OCASIÓN
DE SUS BODAS DE ORO SACERDOTALES.

Venerable hermano, salud y apostólica bendición. Como en breve cumplirás diez lustros desde que empezaste a ofrecer el Santo Sacrificio, Nos es grato declararte la singular benevolencia con que te distinguimos según tus méritos. Nos es conocido cuanto trabajo, estudio y diligencia has consagrado asiduamente por tantos años a la Congregación Salesiana de la que en verdad formaste parte en su primer florecer: principalmente para que promoviera sus fundaciones en la América meridional, con preclaro provecho de la religión y de la sociedad civil. en efecto, ahí por tu consejo u obra se fundaron nuevas casas para la educación de la juventud, tuvieron impulso las obras del apostolado y a los mismos indígenas fué propagado el nombre cristiano. Y atendiendo a tantas ocupaciones, supiste con todo, trabajar en difundir múltiples y provechosas publicaciones para fomentar de todos modos la piedad y las buenas costumbres. Nos alegramos, pues, por haber Dios largamente favorecido hasta ahora tu virtud....etc.

A MONS. COSTAMAGNA

I

*Selvas del Ecuador, que generosas
A tantas belicosas
Tribus de Jíbaros brindáisle nido!....
Las que su sed templais, mil claras fuentes,
Las que besais sus frentes,
Murmuradoras auras, oídme, os pido:*

II

*No visteis un anciano bondadoso.
Jadeante, sudoroso.
Vagar ya por el llano o la montaña,
Sembrando a su pasar mil bendiciones,
En cuantos corazones
Reinado había el error.... "Es Costamagna".*

III

*Las selvas me responden placenteras,
Las luengas cabelleras,
de sus pinares regios agitando
"Es Costamagna" auras, valles, fuentes,
Rápidas corrientes
A mi pregunta claman susurrando.*

IV

*Y el jibaro feroz, que con su lanza,
Atisba en lontananza
La presa; al verle se enardece*

*sus ansias conteniendo y su coraje,
Le rinde vasallaje
Y grita, que las selvas estremece:*

V

*“Es Costamagna”, inclito viajero,
Que nuestro genio fiero
Con su bondad y amor calma y suaviza.
Es Costamagna, el grande padre bueno
Que de dulzuras lleno
Llevándonos a Dios nos civiliza!....*

VI

*Y de ese canto, el eco poderoso
Salvando el anchuroso
Espacio que, al ser civilizado
Aleja del salvaje y le separa,
Diz, que hasta allá llegara
En las alas de los vientos transportado.*

VII

*Y América y Europa al escucharlo
Hubieron de aclamarlo,
Por la fuerza vencidas de los hechos,
Y de Colegios, templos y talleres
Mil juveniles seres
Cantáronle loores con nobles pechos.*

VIII

*Porque El, sus huellas ha dejado
De Padre y de letrado;
Porque El, por dondequiera, cual gran maestro,
Consejos y enseñanzas ha esparcido
Porque hasta el sonido
Se escucha, por doquier, de su gran estro!*

IX

*Su estro musical! ... Oh qué portento!
Qué arrobador acento*

Cuando sus trobas van hacia María!
Quien igualarle puede cuando canta
Su "Virgen Sacrosanta"
Su "adios reina del cielo" que extasia?

X

Poeta y escritor, su rica pluma,
Que tiene albor de espuma,
Y del cedro el perfume y férrea malla,
Siempre empuñada está, siempre dispuesta,
A erguirse en son de fiesta
O en son, si es necesario, de batalla.

XI

El "zelus domus tuae" santo emblema,
Que es de los grandes lema,
Brilló siempre cual sol en Costamagna;
Por eso que en los cielos su tesoro
Hoy en sus bodas de oro,
Es grande, y en la tierra su obra, magna.

XII

Mas de su celo férvido y ardiente
decir con voz potente
¿Quién puede del obrar las maravillas?
¿Quién puede de ese apóstol las proezas
Cantar y sus grandezas
Sin ante Dios postrase de rodillas?

XIII

Oh Monseñor! Ornando hoy tus sienes
Un diadema tienes
Que tu virtud pregona e inmenso celo;
Es de oro esa diadema; y tu el diamante
Que irradia fulgurante
desde el empíreo cielo.

VIRGILIO ZANETTIN,
Presbítero argentino.

MONSEÑOR DON SANTIAGO COSTAMAGNA

Servir a Dios en alegría de espíritu, no desautorizar ese servicio revistiendo de tétrico lo apacible de la vida cristiana, rogar se colmen de vino de espiritual alegría las ánforas vacías en inocentes fiestas del alma desterrada;—todo esto que es caridad apostólica, sobreabundó en el sacerdote Salesiano Don Santiago Costamagna que, misionero en nuestras selvas orientales, y luego Obispo en ellas, no hizo sino siempre humildemente atraer ante Jesucristo la grey suya en alegría de espíritu, grey que en el mundo va paciando hacia el Cielo por entre la fraternidad que, con la naturaleza inanimada, es dado, más que a los poetas,—a los Santos—, sensibilizarla en místico holocausto.

Así Francisco de Asís que, alterno y como desafiado con un ruiseñor, cantaba a Dios; así Francisco de Sales que, sorprendiendo en la naturaleza símbolos de celestiales misterios, y recreado más que los pitagóricos con la soñada melodía de los astros, quería verla real, familiar, diaria en la vida concertándola en cántico de gozo espiritual—"Yo no sé, escribía en una de sus cartas, cómo las almas confiadas a la bondad divina no anden siempre gozosas.... Yo quisiera que cantásemos en todas partes," Este sobrenatural regocijo sería un como gorjear de aves que, cantando a cada amanecer, saludaran ansiosas el advenimiento de la eterna aurora.

Don Santiago Costamagna, fidelísimo hijo de San Francisco de Sales, expandía en torno suyo el gozo sobrenatural en que tenía engolfada el alma, para atraer almas con el apostolado de la alegría en el trato, en la palabra, en el arte.

Su exquisito temperamento artístico vertíase en la música y el canto por entre cuantos ya en la humildad de una escuela campestre, ya en lo aristocrático de un salón, no sorprendían en este fidelísimo hijo de San Francisco de Sales una piadosa y divinamente astuta

red de alegría pescadora hacia la estética de la vida cristiana.

Maestro eximio como era en música, paréceme que en arte y santidad y al través de siglos, quería realizar el ideal de San Isidoro que conceptuaba despereja la cultura de un hombre que no cultivare la música.

Destrísimo como fue en ella Monseñor Costamagna, poderoso y dúctil en la voz.—¡cuántas veces me fue dado sorprenderle cómo al ir al piano, cómo al cantar, abstraíase el hermoso semblante en un espiritual recogimiento, que, mal su grado, revelaba que aquello que era gozo para sus oyentes, era en el artista ferviente oración al Señor!... Saúl, descogido de sus amarguras por el harpa de David, no entendía que David oraba...

Cantando iba peregrino misionero por entre las asperezas de nuestras montañas, cuando las fuerzas físicas de él y de sus compañeros querían rendirse. Ensangrentados los pies, alegre el corazón en regocijo con Dios, el clamor del alma subía a El entre el susurro de las selvas, y el rugir de los torrentes y el cantar de las aves.

Tal fue y tan generoso su espíritu, que así como bautizaba neófitos en nuestras selvas, así aristocratizaba versos de nuestro terruño dándoles gemela vida, entre otros, al sentido romance *¡Pobre escolar!* de nuestro Miguel Moreno,

Quien, de los venideros hijos del Azuay, asido al Azuay amorosamente,—como lo somos los aquí nacidos y con ventura arraigados—, eche a mirar hacia la colina de Turi, tendrá que estrechar al amor de la memoria a estos dos inolvidables muertos que aquí deben perdurar en ella, porque de esa colina, que es el escenario del romance de Moreno, undulará hacia la ciudad el gemido con que en una preciosa melodía musical le dió voz Monseñor Costamagna.

Apóstol de Jesucristo, bendiciendo esta tierra azuaya nuestra, así se nos alejó, así me lo dijo en despedida que parecía ser testamento de perdurable oración.

Cantando iría al Señor mientras se nos iba alejando de estas tierras donde no nos había estado reservada la suerte de volverlo a ver; cantando hacia el Cielo moriría allá lejos de esta su grey, pero enalteciéndose al Cielo, sumiéndose en él con este último clamor del profeta Habacue:—"El Señor, fortaleza mía exaltaréme a mí cantor de salmos."

AL CANTOR DE MARIA

*Oh cuántas veces, Monseñor, de hinojos
Te he visto amante una oración rezar*

*Y al elevar tus ojos
En tus mejillas dos claveles rojos
Y en tu sonrisa, dulce paz brotar!*

*Cuántas veces te he visto balbuciente
Ante la Virgen desgranar tu amor*

*Y en llamarada ardiente,
Sorprendi en tus ojos dulcemente
El fuego de tu pecho embriagador!*

*Y al vuelo de verbo emocionado
Pintar su gloria y singular virtud*

*Y en cántico inspirado
Pedir su lira al Serafín alado
Y arpegios arrancar a su laúd.*

*Y a esa Virgen más blanca que la nieve
De tus cantares dístele el laurel*

*Y de tu lira leve
Le ofrendaste la cuerda que conmueve
Y germina los lirios del vergel.*

*Y del templo en la cátedra sagrada
No fué aljaba de dardos tu oración?*

*Y cual saeta alada
No voló hacia María Inmaculada*

La fibra de tu amante corazón?

*Cantemos al amante de María
Al Obispo del lirio y del amor.*

*Cantemos a porfía
Brindemos exquisita la ambrosía,
La suave esencia del mejor licor.*

UN SALESIANO.

PARALELO

Napoleón I al pasar delante de una estatua de S. Francisco de Asís, saludó al Santo descubriéndose con mucha reverencia la cabeza. Preguntóle uno de sus generales que blasonaba de filósofo librepensador, por qué hacía aquel homenaje a un fraile.—Contestó el Emperador: "Porque este Santo dominó un ejército más numeroso que el mío, y sin fusiles ni cañones ejercitó en el mundo más imperio que yo".

Bajo este mismo concepto la sociedad argentina se inclina reverente ante un gran embajador de Cristo y heroico conquistador de almas: Sembrador de luz evangélica y de santidad en vastas naciones americanas, encuentra delante de sí una corona de pueblos que se descubren reverentes ante su personalidad de Apóstol.

LUIS CORREA LLANO.

EL ILMO. Y RMO. SR. DR. D.
SANTIAGO COSTAMAGNA

OBISPO TITULAR DE COLONIA Y VICARIO APOTÓLICO
DE MÉNDEZ Y GUALAQUIZA.

Es ya un año desde cuando su noble alma desprendiéndose de las ataduras de esta miserable vida terrena, trasmontó la linde de la eternidad, y, según piadosamente lo esperamos, ve claramente a Jesús, a quién amó sirviéndole como Apóstol infatigable y abnegado.

La nobleza de sus obras y la calidad de sus méritos, el Señor los ha pesado ya, y él con toda propiedad repetiría con San Pedro: *Ecce ego relinqui omnia et sequutus sum Te, quid ergo erit mihi?* [Matth. XIX]

Y si la celestial alegría es, premio de quién *amó la justicia y aboirció la iniquidad*: goce ya de las infinitas bondades quién con la mirada sólo en la infinita misericordia de Dios trabajó con todas sus fuerzas en extender su reino y en afirmarlo en el corazón de muchos. Por esta razón, bien puede entonarse sobre su túmulo el cantar apocalíptico: *Beati mortui qui in Domino moriuntur!*

Nosotros, unidos al Ilmo. Señor Costamagna, no sólo por la veneración que como a ilustre Príncipe de la Iglesia le debíamos, sino aun más por las pruebas de sincera y desinteresada amistad que nos brindó, al rodear de nuevo su tumba, llegamos con la pobre ofrenda de la admiración y la gratitud.

Voces de aliento brotaron de su corazón de apóstol delante del sacerdote que deseaba ser útil a la Iglesia de Cristo, "Predicad! predicad! no dejeis la predicación, decía. La predicación ha convertido al mundo: la Iglesia se conservará floreciente con la predicación del

Evangelio: las cosas sólo se conservan con los mismos principios que les dieron el ser”.

Y no hubo, en efecto, ocasión que desperdiciase el Ilmo. Costamagna para exponer dulce, tranquila y agradablemente la palabra de Dios; ni le vimos celebrar la santa Misa sin que hablase algo sobre el Evangelio que había leído en ella, o sobre el Misterio del día, o por lo menos de algún punto catequístico. Tenía como norma: que el único alimento de las inteligencias es la palabra de Dios, y que siempre será cierto *que la te viene a todos y crecerá por el oído: ex auditu*. Además, cuando a esta hambre de la divina palabra se junte el amor a la Reina del Cielo y la sed de la divina Eucaristía, podrá esperarse florecimiento y prosperidad en los pueblos.

Tuvimos el honor de acompañarle como *familiar* en varias ocasiones, mientras su permanencia en la ciudad, y en todas partes su espíritu de apóstol se recreaba rodeándose de los niños para repasarles algún punto de Catecismo, o en hablar a los alumnos o alumnas del Colegio insinuándoles el amor a las virtudes, o en dirigirse a las Asociaciones piadosas de jóvenes para hablarles de María, mostrándoles en Ella sobre todo la belleza de la humildad y de la pureza. En una Sesión general de Hijas de María de cierto Centro, donde fuimos Capellán, cuando, después de agradecer un obsequio que la Asociación le hizo para sus Misiones (un estandarte con la imagen de María Inmaculada), oyó cantar por el coro de socias el *Bendita sea tu pureza*, su corazón parecía rebozar en dulce gozo, y, entusiasmado, aplaudiendo a la concurrencia, pidió se lo repitiera. Diversos modos de predicación! y entre ellos aplaudir el amor a la Virgen, cantar y enseñar a cantar sus alabanzas, aconsejar la constancia en pertenecer a sus Asociaciones, etc. todo esto cuánto le encantaba!

No hablaré del agrado particular que mostraba, al leer producciones nuevas encaminadas a ensalzar a Jesús y María, o de sus aplausos a escritos que redundaban en honor de la santa Iglesia católica; ni diré nada de cómo exhortaba se escogieran como material de continua predicación las maravillas de la Eucaristía, la devoción a la Santísima Virgen o la propagación de la Comunión diaria, pues el áureo libro "*Compelle intrare*" conocido de todos, nos abona de todo trabajo.

Si es axioma de que al hombre se le conoce por su lenguaje y mucho más por sus obras, según la divina sentencia: *Ex fructibus eorum cognoscetis eos*

Matt. VII 20), en este libro conoceremos al Ilmo. Costamagna, Misionero salesiano, ferviente en el amor a Jesús Sacramentado, apóstol de la Comunción diaria, siervo de María y propagador del Reino de Dios en nuestras abandonadas Jibarías.

En el Cap. que titula "Ismael o el joven cazador", que es el XIX del libro, nos parece retratarse a sí mismo: alma llena de espíritu apostólico por haber bebido la vida en el Pozo eucarístico.....

"Dichosos de aquellos que cada día acercan su labio febril a la Fuente eucarística! Aunque muy débiles y hasta moribundos en la virtud, no cabe duda que:—Se tornarán fuertes, lozanos, castos y santos.... Observad a esos valerosos cristianos, de que nos habla la Historia eclesiástica, animándose y estimulándose mutuamente para sufrir con valor su próximo martirio. De súbito se paran, prestando oído a los rugidos de las fieras del anfiteatro, y acto continuo exclaman entusiasmados: ¡Viva! ¡Viva! Es este clangor de los clarines, que los llama a la batalla y a morir por Jesús. ¡Corramos! ¡lea! ¡corramos a la victoria!"

"Los que a menudo [y mejor aún cada día] acercan sus labios al Pozo eucarístico, (figurado en el bíblico pozo de Agar), de santificados pasan a ser santificadores, a saber, misioneros, apóstoles, cazadores de almas: *Facti sunt sagittarii*, (pues de Ismael dice el Génesis: *Factum est juvenis sagittarius!*)—Sí, sí! es de allí, del Pozo eucarístico de donde sale la fuerza para superar todo respeto humano y dedicarse a la salvación de nuestros parientes, amigos, domésticos; para cortar toda atadura de humanas afecciones, para dar un adiós a la dulce patria, a los amigos, a los mismos padres y parientes e ir a lejanas misiones a cazar almas para Dios, no sólo en las escuelas y en las iglesias, sino hasta en las florestas vírgenes, entre bárbaros, leprosos, idólatras, etcétera, que *in tenebris et in umbra mortis sedent*. (Luc. 1.29)"

Y así nos explicamos el singular valor del Ilmo. Costamagna, el valor apostólico de un anciano, que va y vuelve por entre distantes y enmarañadas selvas del Oriente azuayo, selvas siempre temibles, más que por las serpientes y fieras de los bosques, por la adusta y fatídica presencia de esos seres humanos, que sin el conocimiento y amor de Dios y de su santa ley, indomables y fieros, son el ejemplar de la degradación a donde llega el hombre sin Dios.

Y la voz del Ilmo. Costamagna resonó en esos bos-

ques y montañas! y esos ríos y pájaros salvajes oyeron de sus labios los nombres de Jesús y de María! y su corazón de apóstol se entristeció al pensar en la innumerable multitud de almas que *perecen a la sombra de la muerte....!* Y multiplicó para evitarlo las *residencias* de los Misioneros, y estableció a fuerza de sudores un Noviciado en nuestra misma tierra, con el fin de multiplicar los operarios del bien, y fué en efecto *Cazador* de almas!

Santo y dichoso Anciano! resuenen aún tus amables consejos en nuestros oídos; óiganse tus alegres cantares de celestial suavidad: siéntase todavía tu presencia en nuestros antes olvidados bosques! y reúnanse en columnar de pueblos cultos y cristianos esa innumerable multitud de tribus nómadas hasta hoy; tu ejemplo y ardor apostólico sean estímulo y acicate con que sacerdotes y pueblos procuremos la gloria de Dios y el honor de la santa Iglesia.

Cuenca, a 22 de Agosto de 1922.

ISAAC A. ULLOA.

Presbítero.

A LA MEMORIA
DE
MONSEÑOR COSTAMAGNA

¡Sólo el amor sobre la muerte triunfa!

Al mármol, al bronce y al granito el tiempo los desgasta y los carcome; todas las terrenas grandezas se destruyen, se desvanecen o se esfuman, y heladas brisas de olvido marchitan y desprenden del corazón humano hasta las hermosas flores del recuerdo, que han germinado un día al calor del entusiasmo o de la gratitud.

¡Sólo el amor sobre la muerte triunfa!

No digamos que la memoria de los héroes no parece; porque ¿qué cosa es el heroísmo, sino la flor cogida en los campos del combate y del holocausto por el guerrero que amante de patria, quiere atestiguar con tal ofrenda su pasión?

Ni sobreviven el recuerdo y la obra del genio, porque ¿qué cosa es el genio, sino una inteligencia lucida, acicateada por un gigante corazón?—La mente humana, por poderosa que sea, lanzará de sí destellos, pero de rayos fríos; producirá por sí sola flores, pero de las que carecen de perfume. Para que esos rayos vivifiquen a otras generaciones, menester es que lleven el reflejo del sol del entusiasmo o del sentimiento; para que esas flores embalsamen el ambiente de la posteridad es condición indispensable que el cerebro del pensador o del artista se encuentre obsesionado por el amor de algún ideal o de alguna belleza que le dé alientos a la par que inspiración.

Ni la memoria del ser virtuoso es perenne; porque ¿qué cosa es la virtud, sino el abrazo prolongado y

el ósculo dulcísimo con que un ser se entrega a la Verdad, a la Belleza y al Bien para hacerse el rendido esclavo y el constante adorador de éstos?

El sobrevivir es partipar en cierto modo de la naturaleza divina, y Dios es amor: por esta razón sólo el amor sobre la muerte triunfa!

De los pasados tiempos ¿cuál es la joya más antigua que hasta hoy conserva la humanidad?—Es aquella que se coloca sobre la frente del niño en la pila bautismal como símbolo de los altos destinos que le aguardan; es aquella que la aristocrática dama y la monacal religiosa ostentan con satisfacción sobre su pecho; es aquella que recibe la última caricia del moribundo; es aquella amiga inseparable que acompaña en su última morada a los cadáveres de los seres queridos y que, cuando de sus heladas tumbas se alejan hasta los recuerdos, permanece siempre en esa pavorosa soledad vertiendo los fulgores eternos de la esperanza; es aquella que remata y corona las espléndidas catedrales consagradas al culto de Dios; es aquella que hace veinte siglos se alzó sobre la cima del Calvario como un inextinguible fuego y foco de luz vital, que ahuyenta de la tierra las sombras del vicio; es la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Y, ¿qué es la cruz sino el trágico tálamo en que el Maestro divino, abrazándose a la expiación, genera de nuevo la vida de la gracia para esta bella humanidad que con su Creador se muestra tan esquiva cuanto amada, tan ingrata cuanto de beneficios llena?

Con tales antecedentes no es difícil explicarse cómo sobrevive en el corazón de cuantos le han conocido aquel modesto y ejemplar Obispo, nacido en Caramagna, Piamonte, que, hace ya un año, duerme el sueño helado de la tumba en Bernal, en la Capilla de sus amados Novicios de la República Argentina. No es difícil explicarse cómo el preclaro Hijo de Don Bosco, que, a imitación de su gran Maestro, consagró su vida entera al amor de Dios y de la humanidad, haya dejado, al desaparecer de este valle de lágrimas, suaves recuerdos de imperecedero cariño y de imperecedera veneración.

Monseñor Santiago Costamagna no sólo es el cristiano que con su virtud ejemplariza, no sólo es el celoso Sacerdote, esclarecido miembro de una Institución religiosa, Hijo mimado del Venerable Don Bosco, no sólo es el ornato de la iglesia por su carácter episcopal, y maestro en el camino de la perfección: es el

Apóstol ardiente de la salvación de las almas, es el dulce cantor del SSmo. Sacramento y de María Auxiliadora, es el celoso Padre de muchas almas que han emprendido el camino de la vida religiosa, es el infatigable y valiente Misionero que ha recorrido toda la América Latina, hasta internarse en las selvas Amazónicas en busca de sus amados Jíbaros, es uno de esos seres excepcionales, que la Divina Providencia envía a la tierra para que sirvan como destello de la misma caridad divina.

Sólo el amor sobre la muerte triunfa!

Hayan siempre vivas sobre su tumba, y permanezca perenne el cariñoso recuerdo de su memoria!

GUIDO ROCA,
Salesiano.

Guayaquil, Agosto de 1922.



BUEN PASTOR

*El Pastor, por los mares, de lejos, ha venido
a la floresta virgen, a hallar en la floresta
la oveja que en las zarzas del mal se hubo perdido:
por su vuelta a los cielos habrá en los cielos fiesta.*

*Con cantos la requiere, la requiere el silbido
de su amor; aguas cruza y la pampa y la cuesta;
en la intrincada selva, por fin, la ha sorprendido;
a sus brazos la sube y en ellos la recuesta.*

*Su alma de niño tiene secreto de ventura:
da a la oveja perdida la miel de su ternura
y las delgadas aguas de sus dulces candores.*

*Y los bosques encanta su blando caramillo
ciñe su frente aureola de majestuoso brillo,
y su viejo cayado se ha cubierto de flores.*

REMIGIO CRESPO TCRAL

¡ALMA DE APOSTOL!

A Mons. Santiago Costamagna.

*Hermano de Colón el visionario,
como él sintió en el alma un continente
donde plantar la enseña del Calvario,
y ver en flor del Cielo la simiente.*

*Rasgó del mar el dorso funerario,
y allí, donde es primero el sol naciente,
de la paz nemorosa hizo un santuario
donde, a su voz, un Dios quedó presente.*

*Hoy ya no tiene luz de sus cabellos
del trópico la selva enmarañada
donde rielara en cándidos destellos;*

*Pero su alma de santo, peregrino,
del alma del salvaje enamorada,
del Cielo, al bosque ha de encontrar camino!*

G. CORDERO D.

EL ILMO. Y RMO. SR DR. D.
SANTIAGO COSTAMAGNA

*No reclinare mi cabeza, hasta que haya
encontrado una morada para el Señor,
un tabernáculo para el Dios de Jacob.*

Salmo 131.

I

La misericordia y grandeza de Dios se conocen por sus obras; pues ellas son el testimonio de su poder sobre la tierra.

No de otra manera la Providencia se manifiesta a los pueblos cuando les saca a la vida para ensalzar sus glorias y para llevarlos a la perfección social.

Cuenca, uno de los pueblos católicos y piadosos, en tiempos de la colonia como en el de la República, ha sido siempre atenta al llamamiento de la divina gracia; y merced a esto, en los altares de Dios y de la Patria se han ofrendado a porfía, como nubes de oloroso incienso, sus plegarias de amor, y sus servicios, y su fe le ha salvado.

La vida de Don BOSCO es un milagro para la tierra americana, y la propagación de su instituto en el universo, es una prueba nada equívoca, de que Dios vela por sus hijos y guarda la ciudad.

Por los años de 1874, la Congregación Salesiana de Don BOSCO, fue aplaudida y generosamente apoyada por el inmortal Pío IX; y así, con la bendición Apostólica, cruzó la Europa y luego atravesó los mares para descansar en los países americanos y cual centinela de la casa de Dios para evangelizar las innumerables tribus de gentiles que vagan por los desiertos valles y escabrosas cumbres de las selvas del Oriente ecuatoriano.

Así las cosas, la admirable y prestigiosa obra de Don BOSCO, destinada entre otros fines al apostolado social, hace realzar su labor bajo diversas formas de su actividad; y así vímosles en los *Oratorios Festivos* enseñando a los niños, y en los Colegios, Escuelas y Talleres educando a la juventud. Cosa más sorprendente es verlos evangelizando las tribus nómades para hacerlas conocer a Dios, establecerlos en pueblos y darles un pedazo de tierra conocida, para que con el nombre de Patria sean los ciudadanos de mañana y sus servidores.

La misión más grande y sublime del hombre sobre la tierra, es amar a sus semejantes, y cumplir con el precepto del Evangelista, que en los últimos años de su vida predicaba a sus discípulos lleno de fervoroso amor:—FILIOLI MEI DILIGETE INVICEM—Hijos míos, amaos los unos a los otros.

El gobierno del Ecuador muy acertadamente apreció el pensamiento del discípulo de Jesús, cuando en 1894 solicitó y obtuvo de la S. Sede Apostólica que la Región Oriental de la República, habitada por un sinnúmero de tribus de infieles se dividiera en cuatro Vicariatos Apostólicos, y uno de estos fuese entregado a la Congregación Salesiana, a los Hijos del venerable Don BOSCO.

Téngase presente, que nuestra Región Oriental, mucho antes de esa época, tuvo la gloriosa satisfacción de tener algunas Comunidades religiosas de Misioneros abnegados, santos y sabios ocupados en la evangelización, contándose entre estas los de los hijos de Loyola, las del Seráfico P. San Francisco y a los hijos de Santo Domingo. Los P. P. Jesuítas, desde 1869 al 76 tuvieron a su cargo la Misión de Gualaquiza, al mismo tiempo que regenteaban la Universidad y Colegios de esta provincia; y al separarse en este último año de Cuenca, quedó abandonada la evangelización de nuestros infieles. En este dilatado lapso de tiempo, volvieron los catequizados a vivir en sus antiguos vicios y costumbres, resultando de todo esto ser más difícil la nueva evangelización y la labor evangélica más penosa.

La Divina Providencia nunca abandona a sus hijos ni muere para el mundo, y El mismo se encarga de cuidar la ciudad: *Ego dormio, cor meum vigilat.*

Necesario es confesar que con sólo las leyes no se verifican las conquistas de los pueblos; y si éstas tienen su aplicación e importancia, es cuando se hallan organizadas; y lo que constituye y hace una verdadera conquista y una labor evangélica, es la mansedumbre sacerdotal: el amor a los hermanos y los servicios eje-

cutados a favor de ellos. El Misionero se apodera del infiel, le agazaja y comparte con él, el pan del día, el dolor y la pena, haciendo suyo su dolor: el fatigado Misionero detiene en el camino al gentil que sañudo y áspero cruza las escarpadas rocas y los desiertos valles de las montañas para hacerle conocer a Dios N. S., para darle Patria, instruirle, y al atardecer de la vida, enterrar su cuerpo a la sombra del lábaro santo de la Cruz Redentora.

Exprofeso hacemos esta relación, a fin de rendir un merecido homenaje de gratitud y respeto al Ilmo. y Revmo. Sr. Obispo Dr. Dn. SANTIAGO COSTAMAGNA, por sus imperecederos servicios a la Misión Oriental del Vicariato Apostólico de Méndez—Gualaquiza y a esta ciudad de Cuenca.

Vamos, pues, a hacer algunas reminiscencias a la memoria del Ilmo. Prelado, para gloria de Dios, honra de la Iglesia y del Estado, y de su feliz memoria. Vamos a hablar ante su tumba, allá, donde la verdad tiene su propio asiento, un Juez inexorable y una posteridad que atiende para dar su fallo.

II

El Gobierno del Ecuador, en estos últimos 25 años de vida deprimente, ha ultrajado la casa de Dios y ha despreciado a sus Misioneros que tan abnegadamente se han sacrificado por evangelizar a nuestros hermanos en la soledad de los desiertos; siendo así, que por su descuido ha puesto en peligro nuestra nacionalidad, nuestros intereses y las relaciones diplomáticas han sufrido alteraciones. Nuestro gobierno al abandonar las Misiones del Oriente ecuatoriano, se ha hecho un daño grave a sí mismo y se ha puesto en peligro ante las naciones vecinas; pero Dios no abandona la ciudad, y aun cuando el Gobierno pretendiera hoy dar, bajo otra forma, una conquista civilizadora, ella por sí sola no subsistiría, a no ser con el auxilio y protección sacerdotal. En las negras tempestades políticas desaparecen los pueblos conquistados cuando no están cimentados en el temor de Dios, asemejándose en esto a las débiles pajas que sobresalen en las agitadas olas de los mares que al estrellarse en las rocas desaparecen.

Las conquistas de los Misioneros, en tanto subsisten, en cuanto las vivifica el espíritu divino; y es por esto que el Salmista canta: *Si el Señor no edifica la casa, en vano se cansan los que la fabrican.—Si el Señor no*

guarda la ciudad, envano velan los que la guardan.

Las Misiones del Oriente ecuatoriano han sido siempre el anhelo de nuestros mayores, y las medidas acordadas entre la Iglesia y el Estado han sido importantes al respecto; y de continuar con ellas la Iglesia hubiese contado en su seno con muchos millares de cristianos, y la Patria con nuevos defensores para conservar la integridad territorial, su grandeza y prestigio, cuando ahora que la incuria de los tiempos nos ha privado de esta civilizadora conquista.

A la separación de los RR. PP. de la Compañía de Jesús de los territorios de Méndez—Gualaquiza. en 1876, el espíritu vivificador de la Misión huyó dejando luminosas huellas, como huye la aurora cuando raya el sol, cuando éste se oculta al acercarse las negras tempestades de la tarde.

Por los años de 1893 los hijos de Don BOSCO se hallaban en la Misión de Gualaquiza, precisamente en los mismos lugares que los abnegados hijos de Loyola predicaban la palabra divina. Los Padres Mattana, Spinelli, y el Sr. Panchieri fueron los primeros que abordaron, mediante heroicos sacrificios, la mística lucha para abrazar a los nuevos hermanos, darles nueva vida espiritual y reducirlos a la casa de Dios.

En 1894 nuestro Gobierno conoció más de cerca que la evangelización del Oriente ecuatoriano no podía llevarse a cima sin el auxilio y dirección de los Misioneros Salesianos en el Vicariato Méndez—Gualaquiza; pero era necesario buscar un Angel como el de Tobías, un nuevo centinela de la Iglesia de Jesucristo, para tan ardua como importante misión. El Dios de las naciones que a todo atiende, designó por medio del Sumo Pontífice para la administración del nuevo Vicariato, al Santo e ilustrado Sr. Costamagna, consagrándole de Obispo titular de Colonia; esforzado adalid, campeón sagaz, culto y prudente para buscar almas y consagrarlas en el altar del Altísimo.

El prestigioso centinela de la casa de Dios, Ilmo. Costamagna, ¿qué ha hecho en su Apostólica Misión, y cuál el beneficio que ha reportado el Oriente ecuatoriano?

Necesario es relatar la actuación de tan preclaro Obispo, para rendirle un justo homenaje de gratitud ante su tumba: necesario es confesar, que si la muerte arrebató en su veloz carrera las glorias humanas, deja siempre incólume, las virtudes del alma, los servicios hechos a la mayor honra y gloria de Dios y de la Patria, y de sus semejantes. Sí, la muerte todo lo borra

y aniquila; pero no está a sus alcances sepultar en el olvido lo que es inmortal.

Los P. P. Salesianos dieron principio a su labor evangélica, presididos por el Ilmo. Costamagna, y su mística labor la emprendieron los abnegados religiosos Torka, Briosechi, Zanfrini y el inimitable, culto y sagaz Albino Del Curto, de quien no podemos decir lo que le corresponde por estar vivo. Estos Misioneros hicieron una abundante cosecha espiritual, primeramente en Indanza, lugar de descanso del Ilmo. Costamagna, en donde abrazó a los hombres de buena voluntad para ser catequizados. Es entonces cuando el santo Obispo, el anciano hijo de Israel, congregando a su apostólica comitiva y lleno de regocijo espiritual entonó como los niños del libro de Daniel:—"Bendiga la tierra al Señor, alábele y ensálcele por todos los siglos.—Bendigan al Señor los montes y collados: bendígale todo cuanto engendra la tierra—Las bestias, fieras y todos los animales, sierpes, y todas las aves": y luego partieron a la conquista.

A principios de 1916, el Ilmo. Obispo atendiendo a las justas observaciones de los Misioneros que regresaron de Méndez, se vió obligado a establecer en este lugar otro centro de evangelización, tan importante y necesario como el primero. El infatigable Apóstol Misionero no se daba descanso, y para completar su obra de misericordia, juzgó oportuno e imprescindible la creación de caminos para cruzar las selvas orientales. Las vías de comunicación en esos lugares no son de fácil construcción; y de ahí la grandeza del Sr. Costamagna: se puso al habla, por medio del prestigioso P. Albino Del Curto, con la Sociedad del Centro de Estudios Históricos de Cuenca, con las autoridades del lugar, y con la cooperación del católico pueblo del Pan, y de ahí se iniciaron los trabajos de la actual vía del Pan a Méndez, no sin que faltaran el apoyo y patriotismo de las autoridades de Paute. ¡Misioneros que para glorificar a Dios y servir a la Patria, se convierten en ingenieros por amor a sus semejantes, reemplazando la acción del Gobierno, bien merecen la bendición de Dios Nuestro Señor y los homenajes de culta gratitud del Azuay!

Todo lo bueno que por hoy cuenta la Misión Méndez—Gualaquiza, se la debemos al Ilmo. Costamagna, al generoso P. Albino Del Curto y a sus Misioneros. Téngase presente, que las donaciones católicas para el culto de Dios no se improvisan fácilmente, menos para una

evangelización de inmensos territorios que demandan gastos crecidos, sacrificios sin cuento, hambres, desnudez y lágrimas.

El noble Apóstol del Oriente ecuatoriano, recogía los óbolos de la caridad cristiana y formaba los tesoros más sagrados para remediar las necesidades de la Misión, incluyendo entre estos su modesto peculio. El venerando Obispo, hacía como Moisés en la roca de Horeb, con la varilla hacía saltar el agua para saciar las necesidades de los Misioneros y edificar la casa de Dios N. S. No se daba reposo en su labor, y las más de las veces, cambiaba el cayado del Apóstol con el bordón del menesteroso para extender su paternal mano a la caridad pública y luego pasarla a sus nuevos hermanos del Oriente. ¡Qué grande es la misericordia de Dios, y cuánto de ésta aprovecha la humanidad! ¡Qué bien sientan las lágrimas de un pueblo a la ausencia de su benefactor!

El Apóstol Misionero del Oriente ecuatoriano, se trasladó para Europa y recorrió las Américas en demanda de limosnas, y así, y con el auxilio de *María Inmaculada*, sin contar con los auxilios de Cuenca, pudo reunir cuantiosas sumas que se han invertido en la Misión del Oriente. Apréciense en lo que vale la caridad cristiana; y conózcanse sus obras. Milagro del Altmo. ¡Cómo se torna en densa lluvia el óbolo del pobre y del rico, cuando el amor de Dios lo multiplica! (1)

El Ilmo. Costamagna, amó a Cuenca, estimó a sus hijos, aquilató sus sentimientos y en compañía de ellos compartió el pan cotidiano y cantó con ellos en los altares de Dios y de la Patria. Las grandes virtudes no tienen patria, ellas son del universo y reposan en el corazón del que recibe el beneficio. Las huellas de su inimitable labor evangélica en el Azuay son dignas de todo encomio; y un monumento conmemorativo sobre la colina de Culca, donde se levanta el templo de *María Auxiliadora*, significaría para el inolvidable Sr. Obispo la gratitud de Cuenca y de las Misiones del Oriente ecuatoriano.

EZEQUIEL MARQUEZ.

(1)—Un cálculo aproximativo señala la suma de 82.000 [sueros] como enviada desde el Exterior para la misión Salesiana del Ecuador; ¡Todavía habrá ingenios que piensan que los religiosos extranjeros envían dinero fuera del Ecuador!—N. de E.

EL PRIMER VICARIO APOSTOLICO

DE

MENDEZ Y GUALAQUIZA

Cuando en 1892, la Legislatura Nacional, inspirándose en los más altos móviles de verdadera civilización y ferviente patriotismo, dividió nuestra Región Oriental en cuatro secciones adecuadas por su territorio e impetró de la Santa Sede Romana la erección de otras tantos Vicariatos Apostólicos; apresuróse el Poder Ejecutivo con indeclinable entusiasmo a dar halagüeña realidad a la nobilísima obra que de lleno había de arrancar a la barbarie miles de hijos desgraciados de esta Patria ecuatoriana y había de tender directamente a consolidar el dominio nacional en las feraces regiones del Ecuador del porvenir.

Jesuitas, Dominicos, Salesianos y Franciscanos compartían la evangelización de las tribus salvajes y echaban en medio de las selvas los cimientos de futuros pueblos, algunos de los cuales presentaban desde luego halagadora realidad, no sólo por el núcleo ya respetable de su población, sino porque se hallaban dotados de organización sociológica adecuada y aun contaban con establecimientos de instrucción que iban difundiendo, junto con la luz soberana del Evangelio, la de los conocimientos humanos, en medio de la maraña de las selváticas regiones de nuestro territorio levantino.— ¿Quién puede olvidar entre nosotros, sin incurrir en tamaña nota de ingratitud, los venerandos nombres de Misioneros como Tovía, Cáceres, Pierre, Van Shoutte, Mattana, etc., etc., por no mencionar sino algunos de los modernos, que consagraron sus desvelos, sus tesoros y sus acerbos fatigas a la conversión de

los salvajes y a la colonización de las tierras por éstos habitadas?...

Pero la bienhechora labor de aquellos tercios sagrados de la milicia de Cristo, para ser más proficua, debía ser presidida por tantos aguerridos Jefes, cuantos las enormes dimensiones del arduo campo de acción lo demandasen, y ese fué el vacío sabiamente llenado por la Legislatura de 1892, solicitando de la Sede Apostólica cuatro Vicarios Apostólicos con carácter episcopal para nuestras Misiones de Oriente.—El católico Gobierno de entonces, presidido por el ilustre estadista Dn. Antonio Flores Jijón, sancionó el Decreto Legislativo a que aludimos, y éste llegó a ser bienhechora ley de la República.

Mas, estaba reservado a otro gobernante eminentemente patriota y adicto a la Iglesia, el llevar a cima la generosa idea.—Era el año de 1895, en que aún presidía honrosamente los destinos de nuestra Patria, el hombre a quien sus mismos enemigos han sabido hacer tardía justicia, Dn. Luis Cordero; y él fué quien gestionó eficazmente con el augusto Pontífice León XIII por el nombramiento de los anhelados Vicarios Apostólicos para nuestro Oriente.

Demoraba entonces en las risueñas orillas del Plata un notabilísimo sacerdote Salesiano cuyas ejecutorias excepcionales lo señalaban a la admiración de Sud América. Era un ilustrado apóstol, un santo religioso, un insigne artista y un misionero abnegado hasta el martirio, cuya planta infatigable había hollado con intrepidez evangélica las temibles regiones de la Patagonia.—En pos de él fueron las miradas del Presidente Cordero y de su retiro le arrancaron para presentarlo a la Sede Apostólica como candidato al Vicariato de Méndez y Gualaquiza.—Como era natural, el Sumo Pontífice León XIII hizo merecida justicia a las egregias virtudes del Padre Santiago Costamagna y éste fué preconizado Obispo Titular de Colonia y Vicario de una de las más importantes secciones de nuestra envidiable Región de levante.

Aceptó la Cruz sobre sus hombros aquel gran sacerdote y emprendió la ardua ruta que al Obispo católico, a semejanza del Divino Redentor, le conduce a la cumbre del Calvario. Desde las playas argentinas rápidamente se trasladó a las nuestras, verificó el penoso ascenso de las abruptas cordilleras, llegó hasta nosotros como un fúlgido meteoro y luego se internó en las solitudes de la selva, con su mitra de Pastor y su bá-

culo de peregrino.—¡Cuántas veces le devoró la fatiga y el ramaje enmarañado le desgarró la sagrada vestidura!—Pero el santo Obispo era verdaderamente el hombre de Dios, y animado del divino espíritu desafiaba los peligros con la intrepidez de un joven, cuando ya sus venerandas sienes ostentaban la corona argentada de la ancianidad.—¡Dichosas selvas las nuestras que fueron regadas con el sudor de tan santo Operario de la viña del Señor!

Atónitos contempláronle las tribus jíbaras de su Vicariato como al ser superior que a su augusta gerarquía aunaba la arrogancia de su presentación física, digna de los más esbeltos Padres de la primitiva Iglesia.—Sumisos escuchaban su caritativa palabra, agradecidos recibían sus dádivas generosas y hasta los felices recursos del arte musical, en que era consumado, proporcionábanle inagotables recursos para atraerlos.—Tenía el celo de un Francisco Javier, la dulzura de un Las Casas, la santa tenacidad de un Plaza; para el Ilmo. Costamagna eran las selvas su más rico Palacio Episcopal, su Templo el espléndido y perfumado de la floresta, la música de los torrentes andinos su gran sinfonía litúrgica y los Jíbaros, ¡ah los Jíbaros sus mejores hijos!

Decurrieron los años y la actividad del egregio Obispo no decayó, por más que lo adverso del medio ambiente en nuestro desgraciado país contrariase sus grandes anhelos de evangelizar las regiones de Méndez y Gualaquiza, no sólo para conquistarlas definitivamente a los dominios de la Cruz, sino aún para asegurarlas al pleno señorío de la República ecuatoriana, de la que había hecho su segunda Patria.—Cuando Gobiernos católicos hubieran protegido eficazmente su santa y patriótica obra, un sectarismo de pega, digno de rivalizar con la ignara superstición de las selvas orientales, fué como un muro de bronce, opuesto a la eficacia de las labores del inmortal Señor Costamagna; y para perpetua vergüenza de Magistrados que no supieron ser leales a siquiera sus más elementales deberes para con la Patria, conservando su integridad territorial, el magnánimo Obispo recorría muchas Repúblicas sudamericanas, quizá enemigas declaradas nuestras, colectando fondos para sostener Misiones y abrir caminos en el desgraciado Oriente ecuatoriano!

El incontrastable carácter del Primer Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza, jamás tuvo desmayo al tratarse de llenar sus santos deberes, y así se le vió

luchar a brazo partido con toda clase de obstáculos, no sólo para consolidar el centro primitivo de las Misiones en el importante pueblo de Gualaquiza, sino para fundar nuevas residencias; esto es, nuevas poblaciones en Indanza y Méndez, llevando justamente esta última el nombre del gran Prelado, que ya lo escribió de antemano la justicia previsora del Cielo, al hacer que nuestro gran afluente del Amazonas llevare el nombre de *Santiago*.—¡Cuánto habría hecho el llorado Apóstol al contar con eficaz y patriótico auxilio de parte del Poder Público entre nosotros, puede deducirlo quien contemple la obra realizada a pesar del aislamiento, sino de la oposición de los mismos que han debido protegerla, por racional patriotismo.

Monseñor Costamagna había librado el buen combate, como intrépido soldado de Cristo; había no sólo conservado, sino difundido aún más la fe católica, y justo era que se le discerniese la corona eterna a que eran acreedores sus merecimientos de Apóstol y de Mártir. Así fué que, reducido ya a la imposibilidad física por sus años, consumidos todos en el servicio del Señor; hubo de retirarse del campo del combate, para esperar tranquilo el juicio severo de ese Dios tan amable para los justos, como tremendo para los pecadores.—En su sitio de lucha, como constelación de astros presidida por un nuevo sol, ha quedado brillando nuestro horizonte patrio la egregia y abnegada Comunidad de Misioneros Salesianos, que guiados por el Ilmo. Sr. Dr. Domingo Comín, continúa impertérrita por la senda que santificó con sus virtudes y sus ejemplos el insigne Sr. Costamagna.

En las espléndidas pampas argentinas, a donde replegó su tienda de cansado viandante, vió deslizarse sus postreros días el Obispo de los Jíbaros, con la dulce serenidad de los santos y allí le dió la muerte el suave ósculo con que verifica el tránsito de éstos a la mansión de la eterna bienaventuranza—La Cruz augusta que el Misionero portó sobre su sagrado pecho episcopal, al avanzar la tarde de su preciosa vida, agrandó sus áureos brazos y quedó plantada sobre su sepulcro, como emblema de misericordia y de triunfo!

Que los recuerdos de gratitud imperecedera de quienes apreciamos en su inmenso valor la obra de Monseñor Costamagna, como creyentes y como patriotas, traspasen los mares y vayan a besar las flores de su sepulcro bendito, impetrando al Cielo, por su intercesión poderosa, las más copiosas bendiciones para la sacrosan-

ta empresa de evangelización en que continúan infatigables los Misioneros Salesianos en este caro Ecuador, que tiene la dicha de contarlos como edificantes apóstoles e incomparables patriotas.

MIGUEL CORDERO DAVILA.

AL PADRE

Padre, porque nos amó con singular afecto y como tal.—Costamagna [saepe conveniunt nomina), costa magna, esto es: ancha costa de inmenso mar, playa sin límite de cielo apostólico, por donde no se divisa sino el cielo diáfano de una conciencia intachable y el océano insondable de un profundo amor a Dios y a las almas.

MONS. COSTAMAGNA Y LA ARGENTINA

El nombre de Mons. Costamagna, está incorporado al mejoramiento moral, al adelanto intelectual, a la dilatación del territorio, al progreso en fin de nuestra Patria, por su acción, que data de más de 40 años, como sacerdote celoso, como maestro consciente de la misión de educadores, como misionero incansable, como hijo de Don Bosco, en una palabra, que si es para él un motivo de legítimo orgullo, es para los argentinos, el vínculo fuerte que lo liga a nosotros con bronce de oro.....

MONSEÑOR COSTAMAGNA

Qué vida tan llena de vida la del Ilmo. Sr. Santiago Costamagna!

Yo no admiro en el venerando Obispo del Oriente al místico escritor de "Compelle Intrare". En sus meditaciones, sonrío la luz de la divina gracia, como en las cuentas de cristal sonrío la luz del sol.

No encarezco la inspiración del delicado y espiritual Artista. Alondra de Dios, en los motetes y romanzas del sentimental Prelado, palpita una alma que emite una idea del Cielo en cada nota.

No considero en el eminente Príncipe de la Iglesia su immaculado candor de niño. Todos nosotros, a vuelta de pocos años, queramos o no queramos, nos vemos arrojados del Edén de la Inocencia al erial maldito. Costamagna, a los setenta y cinco años de edad, todavía coronaba su frente con rosas frescas del dichoso Edén.

En el magno Obispo Costamagna, admiro al adalid, al ínclito Jefe de los Misioneros del Oriente.

Consagrar toda el alma a luchar contra la indómita naturaleza de la selva y la naturaleza indómita del salvaje, sin más esperanza que la de llenar la fosa abierta entre la civilización y la barbarie con los cadáveres de sus misioneros para que por allí pasen otras generaciones más felices a la consecución del ideal, hé ahí la palma inmarcesible del gran Obispo Costamagna, émulo esta vez de San Vicente de Paul frente a Madagascar.

Dicen que en el Oriente está el oriente del Ecuador. Pero y bien ¿quién se atreve a la conquista de ese Vellochino de oro? Hoy por hoy, el misionero Salesiano es el único que aborda el peligro, como el titán de de la leyenda.

Conquistar al salvaje, vencerlo, transformarlo en hombre y en cristiano, civilizarlo; formar un pueblo, cien pueblos, en el corazón de la montaña, sin otro auxilio que las energías de su pobre corazón de Apóstol, hé ahí el objetivo del, para siempre, primer Obispo de nuestras selvas.

Pudo conseguirlo?

La empresa no era de un día, ni siquiera de años; pero él se lanzó a la brecha.

Hubo de luchar contra las tempestades de la montaña: el rayo le iluminaba el camino.

La ropa se le mojaba y se le secaba en el mismo cuerpo; rasgada por los zarpazos de la irascible espina, se le caía en jirones: el Apóstol, casi desnudo, seguía adelante.

Hubo de dormir, cien veces, en el légamo, Su almohada, un viejo tronco; su cobertor, el follaje del árbol.

Hubo de comer sus hambres y de beber su llanto: en este valle de lágrimas, hasta los ángeles lloran.

Consumido por las calenturas de la Sabana, ensangrentados los pies, devorado por los insectos, allagado y triste, siguió siempre adelante, que un Obispo misionero jamás se vuelve atrás: lleva la cruz delantera de la misión en su pecho.

Años y años, luchó en la frontera el heroico Príncipe de la Iglesia, infundiendo en los suyos el valor intrépido del mártir, el ardor del apóstol, la abnegación del salesiano.

Al trasmontar la cordillera oriental, camino de los desfiladeros del Sigsig, se ve el infinito mar de verdura de la planicie infinita. Cual navecilla anclada en el puerto y que se apercibe para surcar las ondas verdes hinchando sus velas, blancas como las alas de la gaviota, se ostenta la casa de la Misión salesiana de Gualaquiza. Que Dios la proteja. El espíritu de Costamagna le da impulso y vida.

El Apóstol Costamagna ha muerto! Mañana, cuando surja la incommensurable República Amazónica, vivirá en su historia el gran Obispo, como viven San Agustín en los fastos de Inglaterra y S. Cirilo y S. Metodio en los anales de Rusia.

JUAN MARIA CUESTA.

ANIVERSARIO

El nueve de Setiembre de 1921, o sea hoy un año, dejaba esta tierra para remontarse al Cielo, en Bernal, de Buenos Aires, Capital de la República Argentina, el Ilmo. y Rmo. Señor Santiago Costamagna, distinguidísimo Obispo Salesiano y Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza, una de las Misiones más importantes de nuestra Región Oriental Ecuatoriana.

Cuando se nos transmitió por cable la noticia del fatal suceso, un gemido de sincero dolor se escapó del pecho de cuantos se honraron con la amistad de tan ilustre y piadoso Personaje, a quien, una vez conocido, o acercándosele siquiera sea por casualidad, era imposible no amar y reverenciar, y no rendir el debido homenaje al cúmulo de méritos que, aún sin él darse guarda de ello, se revelaban en su noble y aristocrática fisonomía.

De presencia venerable, de aspecto grave, de amena y pintoresca palabra, expansivo y amable por temperamento, sencillo y franco, como toda alma justa que refleja en sus palabras la sinceridad de su corazón; conversar con Monseñor Costamagna era siempre tiempo muy bien empleado; junto a él, las horas se deslizaban sin sentir; y al dejarlo, se alejaba uno rebosando el espíritu en los sentimientos de edificación y piedad que tan espontáneamente fluían de los labios de ese Varón de pecho apostólico, y pensando que ese Obispo era un Santo!

Nadie ignora que la *Pía Unión Salesiana* es la más moderna de las Congregaciones Religiosas que son el preciado ornato de la Iglesia Católica, pues no se cumplen aún 50 años desde la aprobación apostólica del Instituto; y, sin embargo, llena ya el mundo por el crecido número de hijos suyos, que se cuentan por millares; la multiplicación de sus Casas, que se elevan a cosa

de cuatrocientas, o más; lo extendido de sus Misiones; la proximidad de llegar a los altares algunos de sus miembros, muertos en el ejercicio de virtudes heroicas; el prestigio de la sabiduría y letras; la fama de sus grandiosas obras de celo; el insuperable ejercicio de la acción social; la organización excepcional de sus Colegios, Liceos, Academias, Patronatos, Oratorios Festivos, Talleres, Escuelas agrícolas, urbanas y rurales, etc.; la maravillosa fecundidad de su prensa; la multiplicación prodigiosa de sus libros, revistas, folletos, periódicos y millares de hojas volantes que llevan al seno de los pueblos los gérmenes de la enseñanza genuinamente católica; y, por fin, el crecido número de Obispos salidos del seno de este Instituto para el gobierno de muchas Diócesis del Orbe, sin que tampoco falte en el Sacro Colegio de Cardenales algún preclaro Salesiano que, revestido de la Púrpura Cardenalicia, forme parte del Augusto Senado de la Iglesia, como auxiliar del Vicario de Jesucristo, en la solución de los más arduos problemas que se refieren a todo el Universo Católico.

Consignado este hecho innegable, vale la pena de averiguar cuál pudo ser la causa del prematuro desarrollo de un Instituto que desde su cuna saltó a la arena de la vida, *como un gigante a recorrer su camino*.

Pues esta causa no fué ni pudo ser otra, que el paternal cuidado de la Providencia Divina en enviar a la Iglesia los auxilios peculiares de que ha menester según las necesidades y vicisitudes de los tiempos. Hé aquí la razón de haber enviado Dios al mundo a Don Bosco, rodeándole de discípulos distinguidos, para que hiciera de ellos la pléyade de santos y sabios varones que fuesen como la piedra angular de la Pía Unión Salesiana, cuyo fin peculiar es el muy benéfico y arduo a la vez, de oponer un dique a la avalancha formidable del Socialismo que se desborda sobre las sociedades, formando cristianamente la conciencia de las muchedumbres y enseñando a los proletarios a encontrar el pan que ha de nutrirlos, no en el pillaje y las rapiñas del Comunismo, sino en las faenas del trabajo honrado.

En esa constelación brillantísima de hombres apostólicos que formaron *Magone, Alvera, Rúa, Cagliero, Duando, Bonetti*, Francesia, Buzzeti, etc., se contaba, como uno de los de más ingenio y mejor definida firmeza de carácter, el futuro Obispo de las Misiones Orientales del Ecuador, Monseñor Costamagna.

Y a la verdad, que el eminente Obispo Salesiano, enviado por designios providenciales de Dios a formar parte del Episcopado ecuatoriano, presentaba en todos los rasgos de la sencillez y laboriosidad de su vida, las prendas características del Prelado santo, docto y celoso, en quien se reflejaban las principales virtudes de Don Bosco, su Maestro y Padre de su Instituto.

Que Monseñor Costamagna fuese el Obispo verdaderamente docto y bien preparado para el ejercicio de su elevado cargo, decíalo quienquiera que le tratase; pues conforme el Apóstol preceptúa a los Obispos, de quienes es el cargo de enseñar a los pueblos las verdaderas doctrinas de la fe, *ut potens sit (Episcopus) exhortari in doctrina sana, et eos qui contradicunt arguere*, poseía el caudal de las ciencias eclesiásticas en toda la amplitud que le permitían su clara y bien cultivada inteligencia, su consagración a los estudios y el celo en que ardía su corazón por la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

Era prenda peculiar de Monseñor Costamagna la exactísima observancia de la disciplina eclesiástica, tanto de parte suya como de la de sus subordinados, hasta en sus últimos ápices; y dotado de tenacísima memoria para conservar con entera fidelidad todo el tesoro de sus grandes conocimientos teológicos, canónicos, etc.; a nadie era más seguro acudir en casos dados, para resolver dudas o controversias, cuando las circunstancias no permitían el acceso a los libros, que al amable y docto Obispo, siempre en actitud, con la modestia que le era propia, de decir la última palabra, en cuanto se le consultase.

Con el propósito de cooperar a la fiel observancia de las ceremonias litúrgicas por parte de las Religiosas, en las funciones del servicio divino, escribió obras preciosas, que nos ufamamos de conocer: *Servicio de la Iglesia* y *Tesoro Moral Litúrgico*; ésta ampliación de aquélla y destinada no ya a una clase particular de personas, sino a la instrucción de los fieles en general acerca de tan importantes y piadosas materias.

El vivo anhelo que le animaba de impulsar hacia la perfección de la virtud a las almas consagradas a Dios en el Estado Religioso, le llevó también a componer otros dos libros, por todo concepto notables: *Caridad Fraterna*, en el cual palpitan los encendidos afectos de esta sublime virtud que era la peculiar de su episcopal corazón, tan semejante al del Discípulo amado, que la bebió como en su propia fuente, en el divino

pecho del Salvador, y *Conferencias a los Religiosos de vida activa*, en tres tomos, de los que cabe decir en justicia que son otros tantos tratados no sólo de ascética, sino aun de verdadera Teología Pastoral, donde se encuentra cuanto se ha menester para el ejercicio del apostolado evangélico, en medio de los pueblos,

Si hubo en el mundo almas eucarísticas, para quienes alimentarse cuotidianamente del Pan de los Angeles era la más apremiante necesidad de la vida cristiana, una de esas fue la de Monseñor Costamagna. ¿Quién no conoce su libro áureo *Compelle intrare*, escrito con la erudición de un sabio y la unción de un santo y sin otros propósitos que los muy apostólicos de extender entre los fieles el amor más tierno a la Eucaristía y persuadirles la práctica de la Comunión frecuente y aun diaria, según la mente de la Iglesia y el vehemente deseo de Pío X, *Ignis ardens*, el Papa que, como otro alguno, tanto se esforzó por conducir el mundo entero a la Sagrada Mesa Eucarística? Mal puede preciarse de haber conocido a fondo los sentimientos de sólida piedad de Monseñor Costamagna, quien no hubiese leído este su libro, verdadero arsenal de ejemplos y doctrina para las almas que deseen crecer en el amor a Jesús Hostia, mediante el uso de la Comunión frecuente.

Por fin, conocemos de Monseñor Costamagna su libro *Desde lejanas tierras*, sobre materias musicales, y escrito con el fin primordial de procurar que se observe, cuanto de él dependiese, el *Motu Proprio*, del mismo Pío X, que prescribe el uso del Canto Gregoriano en la Iglesia Universal; porque es menester saber, que entre los grandes talentos de que Monseñor Costamagna estuvo adornado, no fué el menor su sobresaliente genio musical y que él esmeradamente cultivó, como todas sus demás facultades, según se echa de ver en el sorprendente número de composiciones musicales que dejó escritas, de grande aliento y de acabada factura artística, según el dictamen de los peritos en la materia.

Todos estos rasgos que tan ligeramente dejamos apuntados hacen ver que Monseñor Costamagna fué un Obispo eminente y cuya vida debe escribirse para estudio y edificación de la posteridad. No dudamos de que, más o menos pronto, se escribirá esta vida, tan variada, activa y apostólica; y creemos que en ella se pondrán de relieve, entre sus muchas y variadas virtudes, principalmente su espíritu de laboriosidad y su infatigable celo y constancia en dispensar diariamente la *palabra di-*

vina, como función propia que es de los Obispos, y su asiduidad en el ministerio de la Penitencia, ejercitándolo de preferencia y con paciencia heroica en favor de las sencillas gentes del campo, de los ancianos, los sordos y los enfermos.

Respecto de lo primero, era proverbial entre los que lo conocían y trataban íntimamente, que Monseñor Costamagna no perdía tiempo jamás. Ah! las industrias de que se valía para aprovechar de él todo instante. Este fué el secreto de sus innumerables producciones musicales, pues las componía mentalmente, para luego escribirlas, hasta en los ratos de espera, en el locutorio de la casa propia o de la ajena.

Y en cuanto a lo segundo, había de predicar diariamente, aunque su auditorio no constase sino de dos o tres oyentes, sin faltar jamás a esta práctica, so pena de creerse defraudador de los intereses de la gloria divina y del bien espiritual de los fieles.

¡Qué ejemplos los que deja a la posteridad Monseñor Costamagna! ¡Quién fué jamás tan asiduo como él para escuchar a cuantos le necesitasen en el Sagrado Tribunal de la Penitencia, como si fuese insensible al cansancio y a la fatiga corporal del trabajo! Y los fieles que lo sabían, venían de todas las comarcas, a la redonda, precisamente a buscar al Obispo caritativo y de magnánimo corazón.

¡Este es el varón justo y el Obispo apostólico de cuya santa muerte se cumple hoy un año y para quien, en premio de sus virtudes, ha amanecido ya el día de la luz eterna!

FR. JACINTO DE JESUS PALACIOS, O. P.

MISIONERO

*Yo te ví, Monseñor, con santo anhelo
Dejar las ilusiones de la vida,
Ya la divina vocación cediendo
Al de Don Bosco unir tu ardiente celo
Para llevar nuestra niñez querida,
Guardando su inocencia, rumbo al cielo;
Y los niños tus ansias comprendieron
Y en tus paternos brazos se arrojaron
Y ellos encontraron
La sola dicha que en el mundo dura;
La dicha celestial del alma pura!*

*Yo te ví, Monseñor, dejar la patria;
Y desafiar valiente
Las turbias olas de la mar rugiente....
A dónde vas? Acaso ansia de gloria
Tu ardiente pecho juvenil inflama,
O quizá la insaciable sed de oro
Que pródiga derrama
Nuestra Virgen América, te incita?
Más precioso tesoro
Busca tu corazón tras de los mares!
Aspiración bendita
De cubrir de azucenas los altares:
Las almas son el premio que deseas.
¡Misionero de Dios, bendito seas!*

*Y el Señor te premió... Dió a tu palabra
todo el ardor de un corazón de Apóstol
Todo el amor de un corazón de padre.....*

A. D. ZITTA.

PARA EL LIBRO NECROLÓGICO

DEL OBISPO COSTAMAGNA

I

Nació el niño sin alardes de opulencia, sin halagos de fortuna, ni los signos con que el mundo reconoce la grandeza de los suyos. Destinado para mártir, destinado para santo, para apóstol, para artista, para humilde Salesiano, para Obispo misionero, nació el niño, solamente, con cerebro y corazón.

II

Creció el joven sin los goces que hasta el pobre tiene en casa de sus padres, sin caricias de las manos que calientan hasta el alma, que bendicen hasta el Cielo.

Creció el joven junto al loco, junto al suave Padre Bosco que, con tropas de granujas, pretendía conquistarse lo que el mundo no ha podido con los grandes de la tierra,

Saboreando cada día, la hostia blanca que hace santos y embriagado con el vino que produce la locura del martirio, creció el joven, solamente, para el claustro y el altar.

III

Vivió el pobre Salesiano sin los fueros ciudadanos y las glorias nacionales, sin el noble, santo amparo de la Patria que compedian, para el hombre, cuanto es digno de su culto,

Vivió el pobre Salesiano, forastero dondequiera, mendigando de rodillas para todos los que lloran, y pidiendo bendiciones para todos los que caen.

Centinela del Sagrario catequista de los indios, enfermero de las almas, vivió el pobre Salesiano, solamente, para el triste y para Dios.

IV

Dios que es bueno, Dios que cuida de las aves sin abrigo, Dios que dota de perfumes y de galas a las flores, hizo al pobre Salesiano, magno Obispo de las selvas no exploradas, donde vagan los salvajes confundidos con las fieras.

Santo Obispo misionero, sin sandalias, sin cortejo, sin palacios, sin altares, contagiado de locura—la locura de Don Bosco, la locura del Calvario—con perdones en el alma y limosnas en la mano, conquistaba corazones y formaba ciudadanos de una Patria que era ajena.

Regio Obispo, misionero de las selvas orientales, el bosque le brindaba sus palacios de esmeralda, do floridas pasionarias le servían de dóseles; los rugidos de las fieras y los trinos de las aves campaneaban en sus magnas catedrales, y entre aromas delicados, y entre tenues claridades, oficiaba: regio Obispo! bajo el dombo de los cielos, sobre el ara de las pampas solitarias: bautizaba con las aguas de los ríos gigantes; las tormentas le coreaban las salmodias del Dies Irae y el Te Deum. Y las tribus de las selvas, menos crueles que los hombres de las cultas sociedades, no le dieron el tormento de la gloria, no le dieron el suplicio de las cumbres que fatigan y que enervan, venció el loco Misionero, solamente, con perdones, con limosnas y con lágrimas.

V

Murió el pobre Misionero sin hermanos, y distante de su Patria, de su Iglesia, de su hogar; más le arrullan en su sueño postrimero, los volcanes, los océanos, las tormentas y las fieras y las aves y las notas nemo-rosas de su América adorada.

Murió el loco, regio Obispo, como mueren los que suben al Calvario, los que vencen con plegarias y perdones, los que viven para el pobre y el Sagrario, los que nacen para santos y caminan por la senda del martirio, por la senda del deber.

REMIGIO ROMERO LEON.

DUELO SOCIAL

(De "El Progreso").

El telégrafo, con la concisión que acostumbra, acaba de transmitirnos lo dolorosa noticia de que el muy ilustre y dignísimo Prelado, Monseñor Santiago Costamagna, ha pasado a mejor vida, en la capital de la República Argentina, el diez del presente mes. Deber sagrado de gratitud nos impone recordar, siquiera sea de paso, los principales hechos de su vida y los grandes beneficios que el Ecuador, y muy señaladamente las Provincias Azuayas, deben a aquel infatigable y celosísimo misionero de nuestras regiones orientales.

Monseñor Santiago Costamagna nació el 23 de Marzo de 1846, en Caramagna, pueblecito de la provincia de Cúneo, perteneciente a la diócesis de Turín de Piamonte, en Italia. Fué uno de los discípulos más distinguidos del Venerable Don Bosco, y formó con los ya célebres y dignísimos Cagliero, Rúa y otros beneméritos sacerdotes y prelados aquella pleyade de insignes religiosos salesianos que han hecho tan famoso y querido su Instituto en todo el orbe católico.

El joven levita Santiago Costamagna fué ordenado de sacerdote en Turín el 18 de Setiembre de 1868; en seguida ocupó puestos delicados y difíciles en su Instituto, y nueve años después, o sea el 14 de Noviembre de 1877 partió de Génova con Dirección a Buenos Aires en calidad de superior de la tercera expedición salesiana para aquella república austral. Llegado a su destino desplegó su actividad en todos los órdenes del ministerio eclesiástico, cosechando abundantísimos frutos de santificación en las almas, mediante el ejercicio de todo linaje de virtudes, especialmente el celo y abnegación con que se prodigaba en bien de sus prójimos.

En 1879, exponiéndose a rudo género de sacrificios, unióse a la expedición dirigida por el General argentino Roca y fué el primer sacerdote salesiano que puso el pie en la Patagonia, hoy magníficamente evangelizada por el Instituto de Don Bosco. En 1880 fué nombrado Inspector de los salesianos en la Argentina, y merced a su poderoso impulso tomó un desarrollo brillantísimo la "Escuela de Artes y Oficios" de San Carlos. Repetidas veces visitó las misiones de aquella República, el Uruguay, Chile y el Perú. Fundó y sostuvo en Buenos Aires la publicación popular que hasta hoy hace un bien inmenso a esa metrópoli, y es conocida con el nombre de "Lecturas Católicas". Monseñor Costamagna es autor de varios libros y opúsculos de propaganda ascética, y hasta musical, que han tenido el mejor éxito no solamente en la Argentina sino en otras varias repúblicas de América.

Pero prescindiendo de cien títulos más de honor y gloria que realzan en alto grado la figura ya histórica de Mons. Costamagna, en este brevísimo boceto de sus relevantes méritos nos fijaremos de preferencia en el Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza. Fué designado para este difícil cargo por la Santidad de León XIII, que al mismo tiempo le preconizó Obispo titular de Colonia en Armenia. Consagrado el 23 de Mayo del mismo año, recorrió inmediatamente varias ciudades de Italia, colectando abundantes limosnas con las que organizó una grandiosa y brillantísima expedición de misioneros, religiosos, agrónomos, artesanos y un instrumental variado para con todos aquellos poderosísimos recursos dar un soberano impulso a las misiones de Méndez y Gualaquiza; pero ¡oh desgracia que jamás se lamentará lo bastante!, cuando Mons. Costamagna llegó al Callao con este numeroso séquito de obreros de la civilización, el radicalismo se había apoderado ya de nuestra República, y el General Alfaro impidió la entrada del misionero en el Ecuador, y todos los recursos destinados a este suelo sirvieron para mayor engrandecimiento del Perú y mengua nuestra.

Por muchos años fué imposible al Obispo penetrar en esta República; cuando anciano ya y exhausto de fuerzas alcanzó el tan deseado permiso, todavía encontró el admirable Prelado en las energías de su espíritu, aliento, vida y recursos para elevar la misión salesiana de Méndez y Gualaquiza al alto puesto en que actualmente la contemplamos.

Mons. Costamagna merece una extensa y bien detalla-

da biografía que ponga de relieve sus méritos y sirva de ejemplo a quienes traten de seguir sus pisadas. Aquí nos contentaremos con estos brevísimos rasgos, para poner de manifiesto la deuda de profunda gratitud que tienen Cuenca y nuestra región oriental con el primer Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza. Dios, el único y soberano remunerador de las virtudes premie sobreabundantemente, allá en el cielo, los méritos del insigne Prelado.

JULIO MATOVELLE.

AL ILMO. MONS. COSTAMAGNA

*“Y dejas, pastor santo
Tu grey en este valle hondo y oscuro
Con soledad y llanto.....?”*

*Adiós, adiós placer, grato contento
De escuchar tu palabra muy querida,
Ya no oiré de tu labio el dulce acento;
Adiós vida sublime fenecida!*

*Adiós, adiós preclaro pensamiento,
Cultor de la virtud en esta vida,
De la virtud grandioso monumento;
Adiós alma de amor, alma escogida!*

*Por qué, por qué, querido Monseñor,
Padre amante, sincero, leal amigo
Nos dejaste sumidos en dolor? ...*

*Ya que en procura del eterno abrigo
Fuiste al eterno trono del Señor,
Haz que podamos ir al fin contigo!*

C. Z.

EL ILMO. MONS. COSTAMAGNA

(De El Obrero Azuayo)

Dobles solemnes en la Catedral, fueron el aviso con que en la tarde del día 11 de este mes, se dió a los habitantes de esta ciudad, de haber pasado a la morada de los justos, este Príncipe de la Iglesia, piadoso en sumo grado, docto, cual debe ser un sucesor de los Apóstoles, e insigne benefactor de nuestra República, como lo atestiguan su abnegada labor pastoral en lo intrincado de las selvas orientales, en su calidad de Vicario Apostólico que fué de Méndez y Gualaquiza, y la hermosa y moderna Casa Central de los Misioneros Salesianos, construída, de manera exclusiva, con limosnas colectadas personalmente por este santo y magnánimo Varón, en las peregrinaciones que con tan noble fin se impuso en las Repúblicas del Continente; habiéndole al fin alcanzado, no sorprendido, la muerte, en Bernal, de Buenos Aires, siempre ocupado en su voluntario sacrificio de pordiosear, para llevar a cima su postrera fundación: esta de Cuenca.

¿Dónde encontrar sino en el seno de la Iglesia Católica hombres de esta talla, que llevan el olvido de sí propios tan lejos, que sin consideraciones a los achaques de la vejez, ni excusar incomodidades y molestias mil, sacrificando el reposo y la quietud que parecían reclamar el mismo episcopal decoro, acepten las fatigas de una eterna peregrinación y uno como cosmopolitismo perpetuo a fin de beneficiar con los óbolos recogidos penosamente en extrañas y remotas naciones, a un país que no le vió nacer, pero al cual amaba más que al propio, en fuerza del vínculo sobrenatural con que algún tiempo a él les ligara?

Ciertamente en ninguna parte como en el Catolicismo,

que no es sino la reproducción incesante de la vida del divino Salvador Jesucristo en los que hacen profesión de seguirle e imitarle. Y es lo admirable, que, mientras la impiedad los calumnia y persigue, y pone mil cortapisas, que estorban su apostolado, hasta prohibirles el libre acceso a la República, abre de par en par sus puertas a la bazofia social que las demás naciones arrojan de su seno, como derechos de corrupción y pestilencia.

Uno de los rasgos más heroicos y a la vez hermosos en la vida episcopal de Monseñor Santiago Costamagna, es su renuncia a su Vicariato de Gualaquiza y Méndez. La elevó a la Santa Sede desde su peregrinación de mendicante, alegando sus muchos años y achaques; pero, ofreciendo que continuaría hasta su muerte en la humillante ocupación de coleccionar limosnas en bien de su antiguo y muy amado Vicariato, como ejemplarmente lo ha cumplido. El Ecuador, y sobre todo el Vicariato de Méndez y Gualaquiza, cuya Casa Central se ha construido en Cuenca, gracias a los recursos coleccionados por este Apóstol de la evangelización cristiana, cuánto no le deben, ya que hasta en el camino del Pan hacia el Oriente, que debió ser todo él costado por el Gobierno, se ha invertido parte de ese dinero, fruto de las peregrinaciones del ilustre Obispo difunto.

.....
Aquí cita los datos biográficos más saliente y termina:

En su Vicariato quién pudiera decir cuánto hizo por sus amados Jíbaros, en bien de los cuales fundó en Cuenca la Casa Central de Misiones: habiéndole encontrado la muerte a tan noble Pastor, gran escritor y gran músico además, coleccionando subsidios para sostener esa misma Casa. Que la gloria eterna y la gratitud de todo el Ecuador, sean la recompensa merecidísima de las relevantes virtudes del ínclito Obispo, en cuya tumba depositamos este modesto homenaje de amistad y respeto,

FR. JACINTO DE JESUS PALACIOS, S. O. P.

DUELO EN LA IGLESIA

En muchos lugares de Europa, especialmente en Italia, y el mismo Vaticano y aquí en toda América Latina, desde las más setentrionales urbes de México, hasta las medrosas ensenadas de la Patagonia, el ilustre nombre del Sr. Obispo Dn. Santiago Costamagna es no solamente conocido sino acatado. Suponemos, y fundamos nuestra afirmación en el dictamen de distinguidos viajeros, que ningún otro alto personaje de la Iglesia es mas honrosamente apreciado en Sud-América que el Notable Obispo Salesiano, tipo de todas las virtudes y relevante ejemplar de profundos conocimientos.

Fué de los predilectos del Santo fundador Bosco, uno de sus jóvenes cooperadores y adictos, tiernamente asociado a la heroica propaganda de la piedad sin límites del Venerable.

Pero donde principalmente se grabarán su recuerdo y su nombre, rasgos inmarcesibles, para honor de sus respectivas iglesias, será en las repúblicas del Sur que le deben la espléndida colonización de la Patagonia, y el Ecuador, donde abrió a la civilización los recónditos callejones de Indanza y Méndez. Ningún extranjero, como aquel magnánimo Obispo fué más ecuatoriano que el Sr. Costamagna.—La biografía del apóstol será obra de investigación y paciencia, porque no vivió día sin objeto, ni dejó de moverse en los dilatados círculos del ardiente celo, de la acción social y de la organización salesiana tan amplia como digna del diario concurso de sus eminentes funcionarios, entre quienes ha figurado, casi desde el día de su Sacerdocio, el Prelado a quien consagramos nuestras lágrimas.

Todo el Ecuador, y privativamente Cuenca, recibieron del Ilustre Costamagna los hermosos efectos de su infatigable acción; ahora mismo el singularísimo devoto de María le preparaba en uno de los más abandonados

barrios de esta ciudad un precioso Oratorio, en honor de su maternal título de María Auxiliadora.—El excelente edificio, que converge con aquel Santuario, y tan digno de su objeto, como casa de formación, surgió de los caritativos ahorros del eminente sacerdote que como el Sto. de Israel hizo honor a las vestiduras sagradas.

La piedad le debe la hechura de hermosos libros.

El arte el cultivo de música sublime.

La juventud de ambos sexos débele la fundación de Colegios y Noviciados.

El pueblo le reconoció como a su predicador incansable y fervoroso.

Las comunidades de Salesianos e Hijas de María Auxiliadora amáronle como al mejor de sus maestros y directores.

Pero más que todos, los infieles a quienes abrió las puertas del Cielo, téjenle el nimbo de su inmortalidad.

Su muerte equivale al súbito esconderse de un lumínar.

Sean para él los laureles que nuestra gratitud riega en su sepulcro; y viva perenne en las dípticas de la patria y de la iglesia ecuatoriana, el nombre del egregio varón, del Obispo más conocido y amado en el mundo nuevo de la América Latina.

NICANOR AGUILAR.

RECUERDOS

En el Sigsig, en esta apartada región de los Andes, donde el sol colora las cumbres de las montañas, re-verdece los retamos, y en el corazón de las rocas nace el oro de más alto quilate, levantaron los hijos del Venerable Bosco—con venia del Ilmo. Prelado Diocesano y mediante la cooperación de los católicos hijos de este lugar—, un Santuario a la Reina de los Cristianos, María Auxiliadora, y junto a esta capilla una pequeña casita para que sirviera de centro de la Misión al Oriente. Aquí en esta casa vivió huésped de honor dos años el dignísimo Obispo Salesiano Don Santiago Costamagna; digo huésped de honor, pues ni este jirón de tierra civilizada, junto a las puertas de su agreste grey, le cupo en suerte para su residencia.

Si Monseñor Costamagna como Pastor del Oriente trabajó lo indecible para catequizar a sus indómitos hijos y civilizarlos relativamente; veamos aquí cuántos bienes realizó y estando sólo de paso para su Misión. Sembrador apocalíptico quería dejar la preciosa semilla del bien por donde recorría, para luego recogerlo en gavillas para el cielo!

Todos los días, a la hora del ángelus, a la luz crepuscular de la tarde, a esa hora en que el corazón se estremece con un no sé qué de indecible y se siente el alma penetrada, no sé decir si de nostalgia o de pena, Monseñor en un vetusto sillón empezaba sus preciosas Conferencias sobre Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Oh! cuán tierno y elocuente se manifestaba en sus exposiciones; verdaderamente se transformaba; no esa el Obispo Oriental, era Dios el que hablaba por su boca, sí, era Dios porque El estaba inflamando ere corazón. El lenguaje familiar es el que más llega al alma porque encuentra bellas expresiones, sin duda por eso nos conmovía y al salir llevábamos

sus oyentes paz en el corazón y fe en el alma. Finalmente Monseñor Costamagna era su «*Compelle intrare*» y quién no se arrebató al leer su preciosísima Obra!

Después de estas diarias y hermosas Conferencias, cuando tenía inflamado los corazones con el amor a Nuestro Señor, procedió entonces a entronizar a este Divino Corazón en los hogares, y Monseñor en persona anduvo en esta peregrinación de amor. ¡Oh!, la memoria de este sabio y santo Obispo Costamagna, vivirá aquí mientras haya una sola persona que ame al Corazón de Jesús!

No sólo se contentó en este lugar con realizar lo expuesto; hizo más para el Amor de su amores: su casa no se hallaba construida completamente y Monseñor en persona con dos hermanos Salesianos labraba las piedras y enseñaba la manera de colocarlas en la pared. Arquitecto de la casa de Dios, su obra salía a perfección. Muchísimas personas, contemplando estos trabajos y viendo que las albas manos de Monseñor se encallecían, corrían a ayudarlo, y él les agradecía con suavidad exquisita y les mandaba al trabajo de la Iglesia parroquial, (en ese entonces se construía la Iglesia Matriz) diciéndoles: «por hoy allá sus esfuerzos, cuando concluyan vendrán a ayudarme». ¡Qué delicadeza! no quería disminuir en lo más mínimo el trabajo que hacía el Vble. Párroco; antes bien lo ayudaba, ya enviándole braceros, como queda dicho, ya yendo Monseñor en persona a predicar en la Iglesia los días festivos y con su palabra contribuir al incremento de la Obra.

Después de mucho tiempo de estos fatigosos trabajos intelectuales y materiales decía: voy a descansar, y ¿cuái era su descanso?—Cualquiera pensará que se iría a alguna casa de campo para pasar unos días tranquilos y agradables; nada de eso: Apóstol infatigable de la fe y del sacrificio, iba a visitar su Misión, a pesar de su avanzada edad, malos caminos y mil penalidades que tenía que sufrir. Cuando llegaba a su Oriente, él nos lo ha dicho: «el corazón se me ensanchaba en medio de mis bravíos hijos» ¡Qué bondad tan admirable de su alma! Ya allí los reunía para enseñales lo esencial para la salvación; los confesaba, los auxiliaba, en una palabra, catequizábalos, y al despedirse triste y lagrimoso, dejándoles siempre un Sacerdote, les ofrecía volver presto para ver si habían cumplido con lo prometido.

Como el hombre no es inmortal, pensó Monseñor, cómo podría no abandonar a sus Jíbaros y entonces emprendió en la construcción de la casa Madre de la Mi-

sión en Cuenca para que allí se formaran los nuevos regeneradores de la Tribu bárbara; y su pensamiento lo llevó a efecto tras cortos años por medio de heroicos sacrificios que hizo no sólo aquí, sino fuera y dentro del Ecuador; tantos fueron los sacrificios que sin temor lo aseguro: su mesa lo redujo a la frugalidad de las legumbres y sus viajes los hacía ocultando la distintiva de Obispo, para así ahorrar gastos que le obligaban hacer su categoría, para emplearlos en la obra indicada, y favorecer su Misión; mas no sólo se sacrificó, hizo casi lo que no debía: «se convirtió en Obispo Mendicante» allí están la Argentina, Chile y el Perú que lo atestiguan. Oh! los sacrificios de Monseñor Santiago Costamagna no han de ser estériles; no pueden serlo; pronto veremos a la que fué su grey catolizada y por lo mismo civilizada bajo la egida de la Cruz, que hoy la lleva sobre los hombros su dignísimo sucesor Monseñor Domingo Comín, quien con su corazón de oro, grande inteligencia, piedad y mediante la cooperación de los buenos hijos del Vble. Juan Bosco, completará la obra comenzada.

Muchísimos rasgos de Monseñor Costamagna, pudiera referirlos, especialmente de los sucedidos en este lugar, más me contentaré sólo con los que a continuación expongo:

Digno imitador de N. Señor en su vida mortal, amigo de los niños, fué para ellos padre, preceptor y compañero; pasaba horas enteras instruyéndolos en religión y ciencias; con ellos oraba, con ellos reía y jugando, jugando les hizo buenos cristianos y dió muchos conocimientos científicos, especialmente en historia y geografía en poco tiempo. Para el ensayo de estos tuve la suerte de ser invitado y allí ví los grandes progresos alcanzados por los niños.

En la Iglesia edificaba Monseñor con su ejemplo, y era tanto el respeto a la casa santa que temió sea profanada con la promiscuación de hombres y mujeres en la misma nave, y trabajó hasta que consiguió y dejó establecido que los hombres ocuparan un lado del templo y las mujeres el otro.

¡Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios, reza la Iglesia!—Monseñor Santiago Costamagna estará gozando de Dios, por que tuvo las virtudes cristianas, fué hoguera de amor para N. Señor Jesucristo, trabajó su casa y santificó su grey!

Sígsig, Agosto 22 de 1922.

ADOLFO CORRAL JAUREGUL.

APOSTOL DE LA EUCARISTIA

Dos amores se aprenden en la escuela del Vble. Don Bosco: amor a Jesús y amor a María. Y errará quien dijere que el ambiente saludable y santificante del Oratorio Salesiano de Turín regaló al mundo una pléyade de amantes de Jesucristo y de María Sma., no sólo, sino un escuadrón esforzado de maestros ideales de estos dos amores.

¿Qué dicen, sino, esos innumerables templos que, surgidos de la nada y por el esfuerzo colosal de sacerdotes pobres, congregan diariamente bajo sus artísticas y espaciosas bóvedas a millones de almas que se embelesan en las delicias que les brinda la Eucaristía que adoran, reciben y predicán? ¿Qué otra cosa dicen esas devotas, inacabables peregrinaciones que en tiempos de incredulidad y en regiones irreligiosas, se imponen al respeto de los mismos enemigos de toda creencia y atraen a las prácticas piadosas aun a los libertinos que en un principio se mofaban de ellas?

Pues el celoso Obispo cuya muerte lloramos tiene en cada día de su vida un rasgo heroico que lo propone como modelo del apóstol de los grandes amores de Don Bosco; en el púlpito, en el confesonario, en la palestra literaria, en sus composiciones musicales; en las infinitas excursiones apostólicas por pueblos, villorios y grandes ciudades; doquiera se halla estampada la huella, no sólo de su intenso amor a Jesucristo Sacramentado y a María SS., sino su especial empeño en formar maestros sabios y prudentes que lleven las almas a millares a la práctica de tan santos amores.

Y al leer sus eruditos escritos, quién no siente las vibraciones de un alma que renueva los prodigios de un San Alfonso María de Liguorio?

No cabe duda; las edades sucesivas darán al apóstol

de Jesús y María la gloria que no se le puede dar en la presente época, porque a pesar de todo los trabajos del venerable Obispo de Colonia no son suficientemente divulgados. La modestia, que es el sello característico de las obras grandes, las tiene como a la sombra de las vistosas encuadernaciones que ocupan las librerías. Empero va llegando la hora en que las preciosas semillas germinarán brindando a la Iglesia de Dios los opimos frutos que el sembrador soñó en su alma de Apóstol.

LUIS J. PEDEMONTE.

APOSTOL

*Escuché de tus labios el acento,
Y en tus ojos un rayo sorprendí
Que cruzaba el santuario cual saeta
Y encendía los rostros en carmín.*

*Era una hoguera de infantiles pechos,
Que abrazó el dardo de un ardiente amor;
Y en alas de sus ángeles volaban,
volaban junto a Dios.*

*Al hablar de Jesús Eucaristía,
El santo tabernáculo se abrió,
Y un coro de inocentes angelitos
Acercóse famélico al Señor,*

*Y llenaste sus labios de verbenas,
Con el dulce panal de rica miel;
Recibiendo en sus tiernos corazones
Al que formó el Edén.*

*Y la brisa besó los ventanales,
Y sus cantos el aura desató,
Y de la parva de madura espiga,
Rompió en acordes cantos de loor.*

*Salve apóstol del Santo Sacramento,
Llama encendida, fulgida y gentil,
Hoy yo quiero cual tú por Cristo amante,
Mi pecho consumir!*

MONSEÑOR COSTAMAGNA

COMO EL SERÁFICO

Su solo recuerdo es una aparición de belleza. Mas si la belleza exterior palidece con los años, no así la de su rostro dignitoso, que parecía iluminarse más y más bajo la nivea aureola de sus cabellos venerandos, a medida que se acercaba la noche del sepulcro,.... esa noche *quae lucescit*, cuando la luz del Sol divino dora las alturas de las almas santas, que se aproximan a la Patria.

En la soledad del Santuario del Sígsg, sobre las cumbres de la cordillera, viajando a Indanza y a Gualaquiza, en las penosas marchas al través de la floresta incommensurable, no solamente su espíritu, sino también su cuerpo se transformaba en arpa melodiosa; y el río que corre, el bosque que se estremece con el viento, el monte y la llanura, los antros, las aves y los nidos, eran un órgano melodioso, al impulso de su canto. Así cantaba el seráfico en ardor, Francisco de Asís.

BELLEZA DE SU CORAZON

Más fuertes atractivos tenía la belleza de su corazón La nítida luz de las flores no sería tan bella sin las sombras de los arbustos que le rodean. Su carácter, a veces desdeñoso, su gesto severo, ponían en mayor realce las dotes de su alma.

Mentir con arte es el estado morbosos del siglo que corre y Mons. Costamagna, enemigo del arte de mentir, desprecia ocupado de lo que podían decir los hombres de su persona, era rígido contra todo mal, y la verdad franca y sincera fué siempre la estrella polar de su vida. Pero bastaba

estudiarlo un momento para conocer su corazón, que era el de una madre.

Austero consigo mismo, "*Pensoso piu d' altrui che di se stesso*", cuando la edad y los achaques reclamaban un poco de cuidado, era todo ternura para con sus misioneros, y con esa intuición que es propia del amor de un padre, prevenía nuestras necesidades, en las frecuentes penurias de nuestra vida peregrina, y olvidando su dignidad, desempeñaba oficios humildes en el templo y en la Casa de Misión. Vestía pobremente, se mortificaba en el alimento, pensando que el aborro de cada día le proporcionaba el contento de presentar una mesa menos pobre a sus hijos, cuando llegaban extenuados por los sufrimientos, desde los bosques lejanos.

Se olvidaba de sí mismo para no pensar más que en el bien del prójimo, y sus preferencias eran para las personas menesterosas e infelices.

Encontrándome en el trabajo del camino de Méndez, cayó un cerro improvisamente y sepultó 8 jornaleros. Para dar algún lenitivo a la extrema desolación de esas madres y viudas corrí al Sígig, para rogar al buen Padre que celebrara una misa en el lugar de la catástrofe sobre la cumbre de la Cordillera. El anciano Obispo emprendió sin demora la penosa marcha. Parece verme subir con la cabeza inclinada, oprimido por el inmenso peso del dolor, interrumpir de vez en cuando el silencio de esa tristísima mañana con profundos sollozos.

En Rayo—loma, quedó absorto en la contemplación de la visión funérea: durante la misa sus ojos derramaron abundantes lágrimas; y cuando intentó hablar a la multitud que le había seguido, su voz se apagó en una angustioso llanto. ¡Ah! la hermosura de su corazón de padre!

NISI GRANUM FRUMENTI MORTUUM FUERIT. . . .

Aquí en la tierra santificada con la Cruz de Jesucristo, factor exclusivo de toda belleza es el sacrificio.

Toda su vida no es más que una ascensión gigantescas por las vías abruptas de todos los sufrimientos. La Patagonia y las Pampas, Argentina, Chile, Perú y Bolivia, son campos en los cuales ha caído abundante el sudor de su vida de dolores. Pero aquí en su vida íntima y laboriosa de sus últimos años, es donde hemos tenido ocasión de medir toda la grandeza de sus merecimientos al través de las penas.

¡Cuán dura cosa es el no tener tierra ni techo, entregarse a los acontecimientos de la fortuna, y mendigar muchas veces un sentimiento de piedad en la choza del jíbaro insensible!

Y cuando ese mendigo era un anciano Obispo, vencido por el número de los años y del ímprobo trabajo, sin el socorro necesario, en la vejez achacosa, las lágrimas asomaban abundantes a nuestros ojos.

Pero Monseñor Costamagna, al acostarse en el suelo, bajo la hoja de palmera que se alargaba sobre su hermosa cabeza como la mano piadosa de un Angel, cantaba a *Madonna Paupertade*, y como el Pobrecito de Asís gozaba comiendo un trozo de pan duro a la orilla de la fuente y teniendo al mismo Dios a su servicio.

De los candentes desiertos, en donde vive el negro etíope, a los últimos ángulos de la tierra Semita; desde las nieves de los Esquimales a la choza del *ona* y del *fueguino*, siguiendo el curso del sol y la marcha triunfal de las misiones, ¿habrá lugar más ingrato que la tierra jíbara?

Pero en la triste visión del campo árido se levanta la hermosa figura del gigante del Apostolado, de Mons. Costamagna, el primer Vicario Apostólico. Sus sacrificios han bajado al surco... *Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet... si autem mortuum fuerit fructum affert.*

Si el grano de trigo no se descompone en el seno de la madre tierra, la dorada espiga no alienta la esperanza del sembrador.

P. ALBINO DEL CURTO.

CANCION ELEGIACA

*En el primer aniversario
de la muerte de
Mons. Santiago Costamagna.*

Aunque pobres son mis trovas, yo quisiera de cipreses
temblorosos entre fosas, los gemidos y las preces
dulcemente modular.

Cabe el manto fúnebre los concientos de elegía
bien se acuerdan en preludio, bien están en sinfonía
para quien viene a llorar.

Yo no tengo la cadencia del que llora con su lira
ni el idioma delicado del amor cuando se inspira,
para hoy día repetir
de *Santiago Costamagna*, Misionero, Apóstol, Santo,
el nombre ínclito, que al mundo dejó duelo, dejó llanto
cuando cesó de vivir.

Pero lágrimas que caen, como perlas desgranadas,
al impulso del recuerdo de personas más amadas
forman arpa de cristal
donde vibra el sentimiento, y en callados surtidores
váse urdiendo un canto inmenso de amargura y de dolores,
¡un poema original!

¡Padre, oh Padre!... un cruel sollozo forma un nudo en
(mi garganta
sin palabras, con ideas... ya no acierto en pena tanta
a decirte mi dolor....

Y son hijos a millares que te llaman desde lejos:
han perdido al que guardaba el espíritu y consejos
del Amado Furdador.

¿No pedías cada instante nuestras almas por blasones?
¿No buscabas por doquiera heredad de corazones
en tu santa actividad?

Si te dimos como a Padre ese premio a tu desvelo,
¿por qué entonces consternados—¡ay, dolor! --en este suelo
nos dejaste en la orfandad?

Es verdad, te has decidido a concluir ya tu viaje
por llevar al otro Padre, a Don Bosco, el fiel mensaje
de tus Hijos, hoy Legión;
a tu esfuerzo y de otros santos llena el mundo con su
(sombra,
y a María Auxiliadora hasta el jíbaro la nombra
balbuciente en su oración.

Es verdad, nos has dejado como noble y grata herencia
de tu espíritu el trasanto, de tu faz la quintaesencia
en tus obras que son mil:
en tus libros, en tus cantos, esos cantos a María,
esos libros de Sagrario que son todos melodía
de una lira de marfil,

Padre bueno, el perfume sin la flor se desvanece....
así pasa en el ambiente de una vida que fenece
al trabajo y la virtud.

Pues, sin tí, árbol frondoso de esperanza y flores de oro,
el erial de peregrinos ha perdido su tesoro,
ya no tiene pulcritud.

Vaga errante en la espesura aguzando más sus ojos
el salvaje en desconsuelo, y quisiera tus despojos
con coronas sepultar.

Mientras tanto en el silencio sus gemidos son el eco
del dolor inconsolable...Cayó el roble, en ruido seco...
¿quién pudiera levantar?

.....
Cayó el Padre, tierno Padre de la grey más miserable,
el Obispo Misionero que en América incansable
fue mendigo del amor,
para dar el pan de vida, evangélico alimento,
al desierto de las almas, como dió al pueblo hambriento
el Divino Redentor.

De Sión junto a las tiendas calló el arpa que cantaba;
en Siná y en el Calvario calló el trueno que anunciaba
la presencia del Señor:
no verán ya nuestros ojos al Apóstol del Sagrario,
al Levita más celoso del decoro en el Santuario,
de la Virgen al cantor.

Ya no existe el que formara un vergel de castas rosas
en hogares de cristianos y en moradas religiosas

con un celo sin igual.

Ya no existe el buen Maestro, jardinero de inocencia,
el que abrió en muchas naciones, templos santos a la
(ciencia

cual muralla contra el mal.

.....

Monseñor, tu nombre escrito quedará cual monumento
en las obras que surgieron por tu enérgico ardimiento
a mayor gloria de Dios;

y hasta cuando haya nobleza brillarán los corazones
proclamando agradecidos de tus labios las lecciones,
el recuerdo de tu voz.

Monseñor, del campo inmenso do sembraste ricas mieses
hoy se eleva a tu memoria de gemidos y de preces
una lúgubre canción:

como a Padre nuestro es llanto la ofrenda noble y tierna,
como a Santo que ya reina en la Patria Sempiterna,
homenaje de oración.

SFA S. S.

Cuenca, 9 de Septiembre de 1922.

EL ILMO. Y RMO.

SR. OBISPO DR. DN.

SANTIAGO COSTAMAGNA

SU ACENDRADO AMOR A LA IGLESIA CATOLICA

Hay en los Santos: lo mismo que en los grandes hombres, cierta peculiar manera de obrar, que es lo que constituye en ellos, su carácter o fisonomía moral. Es lo que se ha dado en llamar psicología de los Santos. Monseñor Costamagna tenía la suya: y ésta era su amor a la Iglesia Católica. Todas sus obras y acciones giraban alrededor de ello, como giran los planetas alrededor del sol que los atrae. Los que tuvimos la suerte de tratarle de cerca, bien esto lo experimentamos.

Los actos de obispo, de religioso y de hombre apostólico, otro los diga, que bien pudiera formarse una extensa biografía. Solo yo, a vuela pluma, me concretaré a decir lo que en él veneré y alabé. Era de tal naturaleza dicho amor que rayaba en delirio; queriendo que todo para ella, fuera grandeza y honor. Y decía: que como buen hijo, así lo había aprendido de nuestro Venerable P. D. Bosco, que todo su afán era inculcar a sus hijos un acendrado amor y sumisión a todo cuanto dimanaba de la Cátedra de Pedro.

Amor, que si permitido me fuera, quisiera compararle al que de Eneas, príncipe troyano, la historia profana nos cuenta. Que como huyera del incendio de su patria, sus enemigos le dieron licencia, sacara lo que más en aprecio tenía. Llevó consigo los dioses. Agradó tanto a los griegos ver la estima que hacía de su religión, que le dieron nueva licencia, para que sacara

otra cosa, y él sacó a su padre. Satisfizo del mismo modo esta elección a sus enemigos, y por tercera vez le repiten la licencia. Y entonces salva a sus amigos.

Se halagaron tanto los griegos, al ver este orden de elección y estima que hacía de las cosas, que le dieron plena licencia sacara toda su hacienda.

De ese pensar y obrar era Monseñor Costamagna.

Por la Iglesia todo lo sacrificaba: Patria, honores, y crítica de los hombres.

Cuando a sus oídos llegaba que alguien trataba de zaherir al Romano Pontífice o humillar a la Iglesia Católica, bajo la forma pomposa de "la Iglesia libre en el Estado libre", que al fin y al cabo, no era más, (según frase de un ilustre político de nuestros días), que ver a "la Iglesia libre en el Estado galgo" entonces era de oírle repetir con fruición, la frase del gran Conde de Maistre: "El que come carne de Papa, revienta". *gui mange du Pape, il creve!*

No era hombre que le gustaran las componendas, ni en principios, ni en diplomacias. Sin duda alguna, a esto se debió su independencia en el vivir, sólo a la apostólica y adherido a la Santa Regla del religioso.

Hombres de tal cepa son escasos. Descanse en paz tan preclaro Prelado.

MATIAS BUIL, S. S.

El Pan, 7 de Setiembre.

MONSEÑOR COSTAMAGNA

Hoy se celebran solemnes honras fúnebres en sufragio del alma del Ilmo. Sr. Dr. D. Santiago Costamagna, Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza.

El Ilustre Obispo Salesiano ha grabado gratitud eterna en el alma azuaya por los inmensos beneficios que nos ha hecho, desde que la Providencia lo destinó para civilizador y guardián de nuestro Oriente. Entre estos múltiples beneficios no es el menor el habernos dejado la fecunda simiente de su benemérita Congregación, de activa y constante acción social.

De energía infatigable, y no encontrando en el Gobierno del Ecuador la protección que estaba obligado a prestar a las misiones, Mons. S. Costamagna recorrió constantemente algunas naciones sudamericanas en busca de recursos que suplieran la deficiencia de los directamente beneficiados. Más de ochenta y dos mil sures enviados por Mons. Costamagna, se han invertido en el sostenimiento de las misiones y construcción de la Casa Salesiana.

Esto es celo por la gloria de Dios, decidido empeño por la civilización de nuestros salvajes, empresa ésta que redundaba exclusivamente en bien del Ecuador, pues constituye la posesión y defensa de los territorios que hoy los gobiernos liberales han dejado a la libre disposición del Perú.

Pero no fué el oriente azuayo el único campo de acción de Mons Costamagna: su celo apostólico necesitaba un horizonte más vasto, y perfumada la nación nativa con el aroma de sus virtudes, vino al Ecuador, en la tarde de su preciosa vida, después de derramar bienes a manos llenas en otras repúblicas americanas, ya como fundador de casas salesianas, como superior de algunas de ellas, como misionero universal, pues no cesaba de ejercer su caridad evangélica donde quiera que llegara.

Ministro de Dios, conocedor de su altísima misión, cuando se encontraba en ocasional descanso, no pudiendo distribuir la limosna de su palabra, repartía la de su sabia pluma, en obras importantes que contribuirán en mucho a perpetuar su memoria.

Dejemos constancia de la gratitud del Azuay y del Ecuador a quien nos prodigó copiosos bienes, como si fuera el mejor ecuatoriano y el más ardiente patriota; porque el escenario del misionero católico no se limita a un determinado territorio; su campo de acción, su patria, es el mundo; su país, cualquier aduar donde hay almas que preparar para el Cielo.

Descanse en paz el abnegado Príncipe de la Iglesia, y no cese de rogar por los que continuamos unidos a él en comunión incesante de gratitud y espiritual afecto.

JUVENTINO E. VELEZ.

(De El Progreso, 9 de Stbre.)

DULCE ODISEA

A la Memoria del Ilmo. Sr.
D. Santiago Costamagna.

*Aquel Pastor, que intrépido se aleja
por hirsuta y selvática maraña;
planta allí su eremitica cabaña
para silbar a la perdida oveja.*

*Ave de la seráfica conseja
llena la soledad de la montaña,
y el alma de los jíbaros—huraña
viene a escuchar de su canción la queja.*

*Misionero y Pastor; sabio y artista
siente del ave el no aprendido canto
y con su arpada voz, presto conquista
bárbaras tribus, de un ignoto suelo*

*Y regresa después el Pastor Santo
con Armonía y "almas para el cielo"*

J. M. ASTUDILLO ORTEGA.

Sbre. 1922.

UN ANIVERSARIO FUNEBRE

Cumple con un sagrado deber la Prensa Católica ecuatoriana al renovar ante el público el recuerdo que conserva perenne en sus páginas de los adalides que cayeron después de combatir el buen combate por la santa causa de la Iglesia y de la Patria.

Monseñor Santiago Costamagna, Obispo titular de Colonia y Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza, fué uno de ellos, digno de contarse entre los más esclarecidos; falleció en Bernal el 9 de Setiembre de 1921.

Porque los misioneros son la vanguardia del grande y siempre victorioso ejército que en el mundo combate impertérrito ya veinte siglos, y que se llama la *Iglesia militante*. Monseñor Costamagna ocupó puesto de honor en esas primeras filas de los más esforzados.

El Sumo Pontífice Benedicto XV, de imperecedera memoria, como si dijéramos el Generalísimo, a este jefe a quien ya el gran Pontífice León XIII condecorara con la cruz de honor, cumplimentábase con estas indelebles alabanzas: "Quoniam dena lustra propediem complebis ex quo sacrificandi initium fecisti, gratum Nobis est eam tibi declarare peculiarem benevolentiam qua pro tuis te meritis prosequimur. Novimus quantum ipse laboris, ingenii, diligentiae in Salesianam Sodalitatem, quam quidem vix efflorescentem amplexus es, asidue tot annorum spatio contuleris: maxime ut per Americam inferiorem sua instituta promoveret preclaro cum religionis civilisque cultus emolumento".

En los fastos de las Misiones Católicas de Sud-América especialmente, constará como uno de sus más brillantes luminares el nombre glorioso de Mons. Santiago Costamagna. Sólo con estudiar el itinerario de sus trabajos apostólicos veríamos que era digno de seguir las huellas del Apóstol de las Gentes: sus fatigas, peligros y angustias por la evangelización de los indios salvajes

así en la Argentina como en el Ecuador le tienen más que bien merecida la gratitud de ambas repúblicas y y de todo el mundo católico.

Que el Señor de las misericordias haya coronado esas venerandas sienes encanecidas en el divino servicio, con la corona de gloria de los escogidos. Que el corazón del generoso apóstol que tanto supo amar al pobre salvaje, el más desventurado de los hombres, impetre abundantisimas las bendiciones del Cielo para la prosperidad de su Méndez y Gualaquiza, y para la de esta República que bañó con el sudor de largos años.

JESÚS ARRIAGA.

CONCLUSIÓN

Como digno remate de esta CORONA reproducimos la crónica que EL PROGRESO, diario católico de esta ciudad, trae en su edición del 12 de Septiembre; y publicamos la hermosa oración del R. P. Sáez,

dedicándola

al SR. DR. DN. VICTOR EASTMAN COX

Ex—Ministro de Chile ante nuestro Gobierno,

Comendador de la Orden de S. Gregorio Magno y
Bienhechor de las Misiones Orientales del Ecuador.

LOS EDITORES.



EN HONOR DE MONS. SANTIAGO COSTAMAGNA

Por iniciativa del Rmo. Sr. Provicario de las Misiones Salesianas de Méndez y Gualaquiza, y de los Reverendos Padres Salesianos de esta ciudad, en la iglesia de San Alfonso se celebraron suntuosas exequias, el nueve de setiembre, primer aniversario de la muerte del ilustre Obispo que ha dejado en su Congregación y en la América Española un vacío difícil de llenarse.

Oportunamente, por la prensa y en esquelas especiales circuló la invitación para este homenaje de gratitud y veneración al llorado difunto, y a la hora indicada principiaron los servicios religiosos con numerosa asistencia de fieles y participación oficial de todas las comunidades religiosas. En el presbiterio tomaron asiento muchos sacerdotes amigos de la Obra Salesiana, y como rindiendo honores al catafalco estuvo un grupo numeroso de Hermanos de las Escuelas Cristianas, a quienes Monseñor mucho los quería por la misión educativa y otros puntos de contacto con los Hijos de Don Bosco.

Ofició de Preste el Rmo. Dr. Julio M. Matovelle, una de las figuras prominentes del clero ecuatoriano, orador distinguido, sabio escritor y antiguo y sincero amigo de Mons. Costamagna. Sirvieron de Diácono y Subdiácono, respectivamente, el R. P. Ayala, Salesiano, y el Sr. Alberto Crespo, digno representante del Seminario Diocesano.

El Coro de la Casa Central de las Misiones se desempeñó lucidamente, reforzado por algunos profesores de la localidad, en el canto de la Vigilia, la Misa, (obra de Mons. Costamagna) y los Responsorios del fin.

Antes de impartir la absolución al túmulo, ocupó la Cátedra Sagrada el R. P. Florencio Sáez, Salesiano, Secretario que fué de Su Sría. Ilma., y tejió un bellissimo

elogio, digno homenaje de gratitud y cariño a su antiguo Superior.

Con su palabra vibrante y caldeada por el recuerdo de hechos vividos o presenciados, presentó a la atención del selecto auditorio el grandioso cuadro de la vida de un Apóstol infatigable del bien, de un misionero abnegado y constante, de un religioso ejemplar, maestro de santidad de numerosas almas en el jardín escogido de la Iglesia; de un Obispo santo, celoso tan sólo de la gloria de Dios, de la pureza de costumbres cristianas en la sociedad, del decoro del templo y todo lo que a él atañe; en fin, la vida de un propagador de la Comunión frecuente y gran devoto de María Auxiliadora.

No podemos, ni siquiera en síntesis, referirnos a la hermosa pieza del P. Sáez, ventajosamente conocido en el púlpito, sobre todo por su labor misionera en las comarcas del Azuay. Diremos sí que arrancó lágrimas a muchos oyentes, cuando a través de su palabra franca y natural, hízonos ver la delicadeza de sentimientos de Monseñor, su cariño a los pobres salvajes del Oriente ecuatoriano y los rasgos de heroísmo que a cada paso campean en la vida de ese intrépido adalid de la Cruz y de la civilización. Terminó invocando una plegaria como el más preciado homenaje a la memoria del Santo Obispo.

Quedaría incompleta esta brevísima reseña si no hiciéramos mención del severo ornato del templo, debido al esmero y delicadeza de los R. R. Padres del Convento de San Alfonso. El conjunto de colgaduras y símbolos que ornaban las bóvedas del hermoso templo como formando un dosel al artístico catafalco, presentaba un golpe de vista imponente. Coronando el túmulo y apoyado en la cruz estaba el retrato del conmemorado, que tenía a sus pies las insignias episcopales y recibía el aroma de manojos de lirios puestos ahí para recordar al cantor de la Inmaculada, al varón austero cuyo trato dejó siempre en los que a él se acercaban perfume de azucenas.

Al final de la ceremonia se repartieron sendos recuerdos a los concurrentes, con los datos biográficos. Sabemos también que pronto circulará una Corona de siemprevivas suscrita por conspicuos personajes de nuestra República Literaria.

En suma, poquísimas veces se han celebrado funerales tan bien conducidos como los que acabamos de no sólo anunciar, por el magnífico resultado del canto, sino por lo artístico de la compostura del templo, y por el número y calidad de los asistentes congregados

por un rasgo espontáneo de gratitud y veneración al que fué primer Obispo de los Jíbaros.

El Rmo. Padre Albino y la Comunidad Salesiana nos encargan agradecer desde estas columnas a todos los concurrentes y en particular a los Reverendos Padres Redentoristas que tan cariñosamente han contribuido para que este homenaje a la memoria de Mons. Costamagna resulte muy solemne, como convenía a Cuenca, ciudad en la que él ha dejado muestras de predilección.



ORACION FUNEBRE
A LA MEMORIA DEL ILMO. SR. D.
SANTIAGO COSTAMAGNA

*Quam speciosi pedes evangelizantium pa-
cem, evangelizantium bona
¡Qué hermosos los pies de los que anun-
cian el evangelio de paz, de los que
anuncian los bienes!
Carta de San Pablo a los Romanos
Cap. XV. 15.*

CATOLICOS:

Un nombre por siempre venerable y que hace sólo un año es pronunciado entre sollozos y lágrimas por los suyos, por sus amigos y admiradores y por cuantos le conocieron y trataron, es el que nos trae hoy a la fúnebre ceremonia de este santo sacrificio.

Nombre muy querido de nuestros corazones es el vuestro, oh Mons. Santiago Costamagna, flor muy fragante y galana de la Iglesia Católica y de la Familia Salesiana, trasplantada al cielo en un día como éste, cuando producía tan agradables perfumes de gracia, virtud y celo.

¿Y por qué repetimos hoy vuestro nombre ante este santo altar del Señor, bajo las severas bóvedas de este templo, ante esta multitud devota y compungida que ha acudido de todos los contornos de esta ciudad, amada de vuestro corazón? Lo pronunciamos conmovidos porque lo amábamos como a padre tierno, como a amigo sincero de nuestras almas, como a Pastor celoso de una grey infeliz pero hermana nuestra, que formó en los mejores años de su vida el único anhelo de su ferviente corazón de apóstol. Lo recordamos también hoy para implorar por su alma bendita el eterno reposo y

para desprender de su vida hermosos ejemplos que nos transformen en amigos del Señor, como lo fué nuestro Monseñor en la mejor acepción de la palabra.

He subido a esta sagrada cátedra guiado por la obediencia y para pagar una deuda de eterna gratitud contraída con el amado Mons. Costamagna, pues mi vida está ligada a la de él por un cariño recíproco de hijo a padre, desde el día feliz que le conocí por vez primera, cuando el año de 1896, ornado su pecho con la cruz episcopal, bajaba la alta cordillera andina que separa Chile de la Argentina. Desde ese día han pasado muchos años, y el cariño filial no se enfrió jamás; dos veces abandoné la familia y la patria para acompañarle en sus peregrinaciones; la última sobre todo la llevo impresa en caracteres indelebles en mi alma. El deber de mi vocación me tenía de centinela en la hermosa y comercial Puntarenas, señora del Estrecho de Magallanes: superiores cariñosos, hermanos queridos, amigos sinceros, muchas almas para un apostolado fecundo, campo hermoso para el celo de un joven sacerdote, todo lo debía abandonar a impulso de ese cariño que me instaba acompañarle a su Misión ecuatoriana, con tan dulces insistencias que llegó a escribirme: "no puedo irme sin ti".

¿Cómo resistirme, Católicos, ante tan paternas muestras de cariño y deferencia, para depositar hoy una humilde violeta sobre su tumba? ¿Cómo recordar su vida y sus obras sin conmoverme; cómo rememorar su tierna despedida, dejándome aquí para irse solo, para no distraer el número de sus ya escasos misioneros; cómo relatar su santa muerte, acaecida allá muy lejos, en país amigo, en la floreciente Bernal, en el jardín salesiano argentino, sin depositar una lágrima sobre su tumba? Perdonad esta digresión y entremos en materia.

Hojearemos su vida con la brevedad posible, presentándoosla, oh católicos, en forma de cuadros que os harán recordar al santo Obispo, cuya muerte lloramos y cuyo primer aniversario conmemoramos hoy.

No hay duda, Católicos, que las madres son el todo en la formación y porvenir de los hijos, y si a una santa madre adjuntamos un santo educador, mayor la expectativa. El 23 de marzo de 1846 venía al mundo el niño Santiago en la villa de Caramagna, provincia de Cúneo, Italia; fué su padre D. Luis Costamagna, y doña Beatriz Vascetti, su tierna y buena madre, que

se encargó de educarlos sirviéndose de todos los medios para formar su corazoncito; con razón más tarde la recordaba el hijo entre trasportes de júbilo y filial cariño diciendo que de ella había aprendido la vida sobrenatural, como de ella había recibido la vida del cuerpo.

La ciudad de Turín, por entonces, se enorgullecía de tener a un santo por educador, el V. Juan Bosco, y acababa de volar al cielo desde su Oratorio un ángel en carne humana, el tierno jovencito Domingo Savio, futuro patrono de los niños y jóvenes: en este mismo Oratorio entraba a los doce años de edad y se alistaba entre los estudiantes nuestro Santiago. Allí aún se respiraba la fragancia de las virtudes de Savio y existía una pléyade de imitadores tales como Cagliero, Rúa, Albera, Durando, Cerutti, Bonetti, Franceschia, Fagnano y Bussetti: entre éstos vivió y se educó nuestro Santiago.

Don Bosco comenzó a formarlo y educarlo en su Escuela, y sin extinguir los ímpetus de su carácter, procuró levantar sus aspiraciones a la verdadera grandeza y al heroísmo. Allí el futuro salesiano se impregnó de una gran devoción a María Auxiliadora, al Santísimo Sacramento, al Papa, a la liturgia del canto y ceremonias, a la predicación, a la pureza angelical. Formado en esta escuela, bien pronto descubrió las tendencias de ese corazón y la vocación religiosa, y luego le vistió con el hábito clerical. En el primer florecimiento de la Obra salesiana, el gran Maestro tuvo en este aprovechado discípulo un excelente apoyo, y luego le puso a la prueba en el Oratorio y en el Colegio de Lanzo en calidad de asistente y profesor, con muy buenos resultados.

Después de espléndidos estudios filosóficos y teológicos cursados en el campo pedagógico, en el que conquistó muchos laureles, llegó al Sacerdocio el 18 de Setiembre de 1868, celebrando su primera misa en el villorrio de Morness, llamado a ser más tarde la cuna de las religiosas de María Auxiliadora, segunda rama de la Familia Salesiana, y de la que fué años después nuestro Sacerdote Costamagna, por tres años, Director General y como con—Fundador de ella.

Contaba apenas 31 años el P. Costamagna, y conociéndolo apto para misionero, el V. Bosco lo enviaba a la

República Argentina el 14 de noviembre de 1877, capitaneando la tercera expedición de misioneros salesianos y la primera de Hijas de María Auxiliadora.

Contemplémosle por un momento en el vapor SABOYA, y descubriremos en él al futuro misionero y apóstol: proporciona a los pasajeros misa diaria, predicación, cánticos religiosos, instrucción catequística de los niños, lo mismo que hará más tarde en sus continuos y prolongados viajes por mar y tierra, con no menor celo y brío, cuando Obispo. Sus prendas de artista en la música y en el canto lo harán rey en los vapores.

Llegado a Buenos Aires, se puso al trabajo en pro de la Colonia italiana, y dos años después acompañaba al General Roca y al actual Arzobispo de Buenos Aires, Mons. Espinosa, en la expedición al desierto. Era el primer salesiano que ponía el pie en tierra patagónica, es decir en tierra de infieles. Elegido después Director del Colegio Pío Nono de Buenos Aires y Visitador de las Casas Salesianas, comienza propiamente aquella misión providencial de la que con tan paternal bondad habla el Santo Padre Benedicto XV en su carta de felicitación de Bodas de Oro de sacerdocio. ¡Qué de obras realizó en pro de la Argentina, en los 17 años en que fué superior!: numerosas fundaciones de templos, escuelas y colegios para niños y niñas, publicación de lecturas católicas, de numerosas composiciones musicales en estilo religioso y profano. El año 1890 recorrió en calidad de Visitador las Repúblicas de Chile, Bolivia y Ecuador para inspeccionar las casas salesianas ya existentes, tratar de nuevas fundaciones, y fué entonces cuando el Ecuador le conoció, y muchos pusieron en él sus miradas para el futuro y primer Obispo del Oriente.

Un día, viajando con el V. Bosco, profetizóle éste que sería el tercer Obispo salesiano; y el P. Costamagna guardó este secreto, y sólo lo descubrió cuando, obedeciendo al llamado de S. S. León XIII, que reconociendo sus méritos y trabajos apostólicos, le preconizó Obispo de Colonia y Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza. Fué consagrado en el Santuario de María Auxiliadora, en Turín, el 23 de mayo de 1895, y luego se propuso encaminarse a su misión. Contempladle allá en la capital del Piamonte, de 49 años, lleno de bríos, con datos palpables de su gran celo, con misioneros y misioneras, limosnas y útiles para su Misión, y ved

acá la obra del demonio, y comprenderéis cómo se desorienta en un momento a un apóstol, impidiéndole la entrada a su Vicariato, y se desprecian elementos y misioneros que van a dar Colegios y misiones a otras Repúblicas sudamericanas que se glorían de poseerlas.

Desde 1896 tendréis en Mons. Costamagna el furtivo Vicario Apostólico, pues sólo podía entrar en su misión por concesión especial y por breves meses, habiendo sido creado legítimo Pastor por el Santo Padre, de acuerdo con los poderes gubernativos de otros tiempos. ¿Para qué recordar el decreto de destierro dado antes de su llegada; para qué recordar su encuentro con el Primer Magistrado del país, cuando en 1902 entrara por vez primera?.....

Desde entonces le veréis de mendicante para favorecer a su misión jibara, y de Obispo—Apóstol de la América Latina. Las Obras salesianas de todas las Repúblicas del Pacífico, por varios años, fueron gobernadas por él, y de aquí que le vemos fundando Casas o promoviendo fundaciones en Panamá, Callao, Arequipa, Iquique, La Paz, Sucre, Centro América y en otras ciudades, llevando a cabo su obra providencial de propaganda salesiana en América, como sabiamente lo dice Benedicto XV en su carta ya citada. Pero en medio de sus múltiples viajes y labores apostólicas, se dió tiempo y nos dió una preciosa serie de libros, comenzando por «Tesoro Moral Litúrgico», impreso en Guayaquil, lo mismo que una colección de piezas de música sagrada y profana que alegran los templos y Colegios de América. En el trabajo era incansable, por esto nadie se admirará que di años que sus confirmados pasan de muchos miles, y tal vez ningún Obispo de estos tiempos le supera: sólo en Bolivia confirmó más de veinte mil; sus ordenados pasan de algunos centenares, pues, hubo veces que ordenó de una vez 25 sacerdotes. Consagró solo a un Arzobispo y un Obispo en Bolivia, y ayudó a consagrar a muchos.

En 1914, a 68 años de edad, pero de alma aún joven y de energías varoniles, volvió a su Vicariato solicitando visitarlo y vivir en él. Los tiempos habían cambiado, algo pudo visitar su misión con cariño de padre y proveer a las argentes necesidades de ella, fundando nuevos centros, rehaciendo capillas, y para atender a sus gastos, ya que la nación no provee a las misiones y a sus misioneros, vino trayendo el óbolo del rico, del

pobre, de la viuda, del niño, desde Chile, Argentina, Uruguay, Perú, Méjico y Centro América, y con él sostuvo sus misiones, construyó casas y dejó a Cuenca una prueba de su cariño en la Casa que desde los cimientos se debe a su munificencia. Tres años vivió por acá, modesto y humilde habitante del Sigsig, y allí ganó corazones y voluntades y se lo ganaron a él, pues se gloriaba en amar a esa villa, y en ser llamado sigseño de corazón. A esta Cuenca la llamaba Cuenca bendita y de oro, doquiera hablaba de ella con entusiasmo, bendiciéndola siempre para que el Señor la conserve para Sí.

A fines de 1917, por razones de salud, salió a descansar, y se despidió de nosotros engañándonos que volvería. No, no era para volver ese viaje; era el viaje último, y por eso no se despedía sino por cartas, pues ya no resistía su corazón, lloraba como un niño y se conmovía: ¡qué tiernas esas cartas y cuántas lágrimas rodaron sobre ellas! El amor de nuestros hermanos de la Nación vecina lo arrulló con cariño sin igual, lo tuvo atado con lazos indestruibles, y lo agazajó regiamente en sus Bodas de Oro. ¡Qué fiestas aquéllas!; el Nuncio del Papa, los Obispos, la familia salesiana entera, asisten a su Misa de Oro; elocuente orador le alienta y le felicita y el Santo Padre le escribe áurea carta; en fin, ese año lo pasa de fiesta en fiesta. Todos le festejaron; pero Lima, Santiago y Buenos Aires, como nadie: allí era el rey de la fiesta, allí todos se honraban en honrar al Obispo, peregrino y Misionero: en la estación le esperaban Obispos y altos personajes. En Buenos Aires la primera visita es la del Sr. Arzobispo, y días después, mil hombres comulgan de su mano para recordar su Misa de Oro, y por la tarde de ese mismo día, esbelto, hermoso y con sus mejores atavíos, recorre las calles de la ciudad a pie, a la cabeza de esos mil caballeros, obreros y jóvenes, para reparar públicamente al Dios—Hostia ultrajado en un sacrilegio ocurrido en esos días.

Ante millares de hijos de la noble Italia, idos en peregrinación al Santuario argentino de Luján, un día se hablaba de la Patria por elocuentes oradores, y en un momento se ve desprenderse de un grupo de personajes a Mons. Costamagna, se le ve subir al púlpito y coger la bandera italiana y besarla conmovido: ¡qué bello momento aquel en que arrancó aplausos, lágrimas, vivas a la Patria y al patriota Obispo!

Al despedirse del Ecuador no lo olvidó, salió de él bendiciendo al Oriente, al Azuay. No lo olvidó; trabajó por él, nos consiguió su sucesor en la persona de Mons.

grinación al Santuario argentino de Luján, un día se hablaba de la Patria por elocuentes oradores, y en un momento se ve desprenderse de un grupo de personajes a Mons. Costamagna, se le ve subir al púlpito y coger la bandera italiana y besarla conmovido: ¡qué bello momento aquél en que arrancó aplausos, lágrimas, vivas a la Patria y al patriota Obispo!

Al despedirse del Ecuador no lo olvidó, salió de él bendiciendo al Oriente, al Azuay. No lo olvidó; trabajó por él, nos consiguió su sucesor en la persona de Mons. Comín, hoy ausente de nosotros, pero unido a nosotros en espíritu en este día; trabajó por la Iglesia Ecuatoriana, y por sus Prelados.

Habiendo renunciado por salud el gobierno de su Vicariato, quedó de Obispo de Colonia, y residiendo en Buenos Aires que la escogió para su morada de los últimos años, esa Buenos Aires que lo conocía, amaba y veneraba, donde a millares viven los ex-alumnos y ex-alumnas que le llamaron Padre. Desde su retiro del Colegio Pío IX escribía y mantenía larga correspondencia con sus amigos ecuatorianos. ¡Cuántos se glorían de sus cartas!

Varias veces vinieron de allí gruesas sumas de dinero para sus Misiones: eran el óbolo de sus amigos y de sus trabajos apostólicos, pues prometió al Padre Santo quedar hasta la muerte de mendicante para su Misión: ¡qué honor para el Oriente Ecuatoriano!

No creáis, Católicos, que allí descansará. No. «En el Cielo descansaremos» decía a menudo, y escribía libros y música, predicaba y confesaba, daba ejercicios a religiosos y religiosas y a pueblos como un joven misionero. Los médicos le hablaban de descanso, de prolongación de vida, y él suspiraba por el descanso del cielo, y era que estaba ya preparado para él.

En 1920 recorrió la Patagonia, 40 años después de su primera entrada, y la contempló cristiana y civilizada por el esfuerzo de sus hermanos, siendo esto un inmenso gozo de su alma.

En 1921 cayó víctima de la fiebre española que cogió a nuestro Cedro del Líbano y casi lo derribó: meses de cama redujéronle achacoso y enfermizo al que no conocía ni enfermedades ni lecho de enfermo. Desde su retiro de convaleciente escribía cartas breves y apenas hablaba de su enfermedad, anhelaba noticias de los suyos, de sus Obras y Misiones, pues vivía para los demás, para las almas.

El día de Santa Rosa le hicieron filial insistencia los alumnos de la Escuela Normal y Noviciado de Bernal pa-

ra que los acompañara en su fiesta patronal, y fué porque no le agradaba negarse a nadie, y fué para no volver. Su corazón palpitaba ya débilmente, y allí trabajó como sabía hacerlo él, pero cayó para siempre. Los médicos le redujeron al descanso, a la cama, y allí se hacía leer libros espirituales y ejecutar cantos y coplas religiosas, y hasta mandó que se le cantara la Vigilia y Misa de Difuntos, para gozar, como decía él, de los encantos de la melodía gregoriana, pero eran los funerales en vida del santo y del artista.

El 8 de setiembre, Natividad de la Sma Virgen, el amante de María comulga solemnemente: es la última comunión del autor místico, del abnegado apóstol de la comunión frecuente, y momentos después un coro de cincuenta voces argentinas entona a su puerta la Salve Regina en gregoriano: es un momento de cielo, llora de consuelo el amado enfermo, recuerda a su madre que se la enseñara cuando tierno niño: es el día de las despedidas, de su testamento espiritual. El día lo pasa alegre; las primeras horas de la noche descansa bien, y al amanecer del nueve se despierta, se hace vestir y levantar, porque quiere morir fuera de la cama, sentado como su gran amigo Mons. Terrero, y con dificultad se le complace. Una hora después comienza su dulce agonía, se le dan los santos óleos, la última absolución, se rezan las postreras oraciones, y al *Proficiscere* muere santa y dulcemente el Obispo de Colonia, el abnegado Vicario Apostólico, el ínclito hijo de Don Bosco, el amigo de nuestras almas.

El telégrafo anuncia su muerte a Buenos Aires, y se conmueven la Iglesia y el Gobierno argentino, porque es un gran servidor e hijo de ellas el que muere. El cable lleva la triste noticia a Turín, y allí trepida y llora el Superior General de la Familia Salesiana, que era su compañero de la niñez y que le sigue a la tumba después de dos meses; y de allí a Roma, al Santo Padre que le amaba, al Cardenal Gasparri que era su gran amigo, al Cardenal Cagliero su hermano mayor. El cable repite la noticia por la América Latina, y ésta lamenta la muerte del Obispo auxiliar de casi todos los Obispos americanos. Los funerales resultan un triunfo. Presiden las honras el Cardenal, el Obispo Auxiliar de Buenos Aires Mons. Alberti, el amado alumno y el penitente de Mons. Costamagna, el Gobernador de Buenos Aires y el Nuncio de Su Santidad. Su sepulcro será el templo de María Auxiliadora, pues el Gobierno y la Iglesia así lo quieren,

y hoy descansa el sueño de los justos junto al altar de la Auxiliadora de Bernal.

¿Por qué, oh Señor, no permitiste a esta tierra ecuatoriana, tan amada de tu siervo Mons. Costamagna, que sus restos descansaran aquí? En justicia, nadie como élla le debe mayores esfuerzos y sacrificios; pero no nos podemos oponer a los inescrutables designios de la Providencia.

El Superior de Bernal, al darnos los últimos recuerdos del amado difunto, y el pésame, nos dice que su llanto y pena por la gran pérdida los endulza con la presencia de sus queridos restos, y con la protección visible que depara a esa Casa.

Al tercer día de su muerte se verificaron las honras y el sepelio: he leído cartas, revistas y diarios; he visto fotografías que describen lo imponente de ellas; le dieron el adiós, hasta vernos en el cielo, Mons. Alberti en nombre del Sr. Arzobispo, el Visitador de los Salesianos y un ex-alumno.

Buenos Aires celebró grandiosas honras ante el Cuerpo Diplomático presidido por el Sr. Nuncio, muchos Prelados y numerosa asistencia de ex-alumnos, alumnos y cooperadores. Santiago y Lima, Turín y Puntarenas, Guayaquil y Sígsig, y cien otras ciudades y pueblos oraron por el alma de Mons. Costamagna, y hoy, oh Cuenca, oh corazones amigos y admiradores de la Obra salesiana, toca a la Comunidad salesiana que más le debe, a la que disfruta de sus sudores y sacrificios, y en este templo no al acaso escogido cerca del cual se anida la Congregación de PP. Redentoristas, tan querida de su corazón, la que siempre y doquiera le correspondió con largueza, en unión con vosotros rendir este homenaje de admiración y gratitud al amado y preclaro Obispo que habiéndonos amado en la tierra, mucho nos amará desde el cielo, en donde le esperamos ver un día cerca de la Potente Auxiliadora de los Cristianos y del V. Bosco si imitamos sus ejemplos y virtudes.

Dadle, Señor, el eterno descanso, y luzca para él la perpetua luz. Descanse en paz. Así sea.

J. FLORENCIO SÁEZ, S. S.

los desechos de la vida de los pueblos tanto en el interior de la zona como en el exterior.

Los desechos de la vida de los pueblos tanto en el interior de la zona como en el exterior, no solamente a la zona, sino también a la vida de los pueblos, tanto en el interior como en el exterior, no solamente a la zona, sino también a la vida de los pueblos, tanto en el interior como en el exterior.

Los desechos de la vida de los pueblos tanto en el interior de la zona como en el exterior.

El Superior de la Zona, al dar los datos de los pueblos, tanto en el interior como en el exterior, no solamente a la zona, sino también a la vida de los pueblos, tanto en el interior como en el exterior.

Al dar los datos de los pueblos, tanto en el interior como en el exterior, no solamente a la zona, sino también a la vida de los pueblos, tanto en el interior como en el exterior.

Los desechos de la vida de los pueblos tanto en el interior de la zona como en el exterior, no solamente a la zona, sino también a la vida de los pueblos, tanto en el interior como en el exterior.

Dado el hecho de que los pueblos, tanto en el interior como en el exterior, no solamente a la zona, sino también a la vida de los pueblos, tanto en el interior como en el exterior.



Con las licencias debidas
